

CUANDO LAS COSAS VAN MAL



Publicado por
Uversa Press • P.O. Box 4583 • Grand Central Station • New York, NY 10163
1-877-288-3772
<http://www.ellibro.org>

CUANDO LAS COSAS VAN MAL

CONTENIDO

I. Cuando nos sentimos solos o abandonados	2
II. Cuando nos sentimos con dudas o confusos	6
III. Cuando nos sentimos culpables	9
IV. En caso de enfermedad o privaciones	13
V. Cuando nos sentimos desalentados o derrotados	19
VI. Cuando nos impacientamos o nos sentimos estancados	24
VII. Cuando sentimos miedo	28
VIII. Qué podemos hacer con respecto a todo esto	33

I. CUANDO NOS SENTIMOS SOLOS O ABANDONADOS

Hay momentos en los que el mundo nos parece cruel, desolado, y en los que la vida no tiene sentido; momentos en los que creemos que nuestras tremendas dificultades parecen no importar ni incluso a nuestros seres queridos, momentos en los que nos sentimos abandonados, solos, sin fuerzas para solucionar los problemas que tanto nos acucian; momentos sin esperanzas en los que los pilares de nuestras vidas, se debilitan, se resquebrajan y comienzan a tambalearse.

La soledad es como un pozo sin fondo al que caemos sin posibilidad de poder aferrarnos a nada, a ningún asidero. La soledad puede llegar a helarnos la sangre en las venas, a hacernos débiles, vulnerables; puede llevarnos a sentir hastío por la vida y a paralizarnos, a dejarnos sin iniciativa. Sólo la fe es capaz de descorrer las cortinas para que percibamos el mundo espiritual y podamos convencernos de que no estamos solos, de que veíamos la vida a través de un cristal opaco que nos impedía discernir la verdad, el plan de eternidad que tiene Dios para nosotros.

A menudo la vida con sus vaivenes nos hacen sentirnos solos. Hay circunstancias dolorosas que nos pueden provocar ese sentimiento como la pérdida de un trabajo, el fracaso de un proyecto que habíamos anhelado por mucho tiempo o la dolorosa ruptura con algún ser querido. El alma dedicada a Dios no es inmune al dolor, pero nuestro Padre celestial sí nos hace un regalo muy preciado, la serenidad interior frente a las caprichosas circunstancias de la vida.

Antiguamente, abuelos, hijos y nietos vivían juntos, en la misma casa. Se veían caras conocidas y amables en la vecindad, los hijos de nuestros amigos volvían del colegio o

jugaban en la calle con los nuestros forjándose amistades para años venideros. Había mayor unidad y cohesión. Todos parecían saber cuál era su lugar dentro de la misma sociedad. Pero hoy en día hay mucha movilidad y la gente vive ajena a lo que le rodea. No es raro sentirse desplazados, solos, en la sociedad actual. Muchos añoran volver a aquellos tiempos, a lo estable, a esas relaciones duraderas de las que tanto oímos hablar a nuestros padres y abuelos. Pero esos días se fueron, y no volverán. Y sólo encontraremos esa tan necesaria estabilidad, esa tan necesaria cura para nuestra soledad, si nos dejamos acompañar de Dios, si pertenecemos a esa otra comunidad, a la comunidad del reino.

El sentimiento de soledad se hace si cabe más insoportable cuando sólo se busca lo placentero, lo temporal del mundo. Hay quienes se distraen participando en actividades sociales o tratando de hacer amistades nuevas sentados en un bar. Pero en la ausencia de una compañía espiritual, por muchas personas y cosas que pasen por nuestras vidas, jamás encontraremos algo que verdaderamente nos llene. Es posible que tengamos miedo a sentirnos solos si dejamos esta búsqueda de lo temporal y de lo placentero, pero sólo encontraremos satisfacción si comenzamos otro tipo de búsqueda, una búsqueda de lo espiritual, de una relación duradera en el amor a Dios. Sólo el sentimiento espiritual puede complacer a un corazón necesitado que se encuentra vacío ante las cosas materiales.

Nuestro vacío y nuestro sentimiento de soledad y aislamiento desaparecen una vez que conocemos el amor y el poder del Padre. Con tan sólo perrillo, el Padre nos proveerá de lo que necesitemos, pondrá a nuestra

disposición la Fuente eterna de todo consuelo,
una Fuente que siempre ha estado ahí
dispuesta para colmar nuestras agotadas almas
de esperanza y fe abundantes para vivir en la
perfecta voluntad del Padre.

Desde El libro de Urantia:

El amor del Padre va con nosotros ahora y a lo largo del interminable círculo de la eternidad de los tiempos. Cuando se reflexiona sobre la naturaleza amorosa de Dios, sólo hay hacia ella una respuesta lógica y natural de la persona: amar cada vez más al Hacedor; depositar en Dios un afecto semejante al que siente un niño por su padre terrenal; porque, como un padre, un padre verdadero, un auténtico padre, ama a sus hijos, así nos ama el Padre Universal y por siempre procura el bienestar de los hijos e hijas de su creación. (40,1)

Al hombre mortal le es imposible conocer la infinitud del Padre celestial. La mente finita no puede concebir tal verdad o hecho absoluto. Pero este mismo ser humano finito puede en realidad sentir experimentar en un sentido literal el efecto pleno y sin disminución del AMOR de ese Padre infinito. (50,4)

El Padre desea que todas sus criaturas estén en comunión personal con él. Él tiene un lugar en el Paraíso para recibir a todos aquellos cuya condición de supervivencia y cuya naturaleza espiritual les posibilite tal logro. Por tanto, fijad en vuestra filosofía de una vez y para siempre lo siguiente: para cada uno de vosotros y para todos nosotros, Dios es accesible, el Padre es alcanzable, el camino está abierto; las fuerzas del amor divino y los caminos y medios de la administración divina están implicados en un esfuerzo conjunto para facilitar el avance a cualquier inteligencia digna, de cualquier universo, hasta la presencia en el Paraíso del Padre Universal. (63,6)

El amor del Padre distingue de forma absoluta a cada ser personal como hijo único del Padre Universal, un hijo que no tiene igual en el infinito, una criatura de voluntad irremplazable para toda la eternidad. El amor del Padre glorifica a cada hijo de Dios, iluminando a cada miembro de la familia celestial, perfilando nítidamente la naturaleza singular de cada ser personal frente a los niveles impersonales que se hallan fuera de la vía fraterna del Padre de todos. El amor de Dios representa vivamente el valor trascendente de cada criatura de voluntad, inequívocamente revela el alto valor que el Padre Universal otorga a todos y cada uno de sus hijos. (138,4)

No dejéis que la magnitud de la infinitud, la inmensidad de lo eterno y la grandeza y gloria del carácter incomparable de Dios os sobrecojan, os hagan vacilar u os desalienten; porque el Padre no está muy lejos de ninguno de vosotros; mora en vosotros, y en él todos nosotros literalmente nos movemos, realmente vivimos y verdaderamente tenemos nuestro ser. (139,1)

Y cuando se acepta con franqueza e inteligencia esa vida bajo la guía del espíritu, se desarrolla, de forma paulatina, en la mente humana una inequívoca conciencia de contacto divino y de certeza en la comunión espiritual; tarde o temprano el Espíritu mismo da testimonio a tu espíritu (el Modelador) de que eres hijo de Dios. (381,6)

La religión es una eficaz cura para el sentido de aislamiento irrealista o de soledad espiritual del hombre; otorga al creyente la condición de hijo de Dios, de ciudadano de un universo nuevo y significativo. La religión asegura al hombre que, al seguir el destello de la rectitud que percibe en su alma, llega a identificarse con el plan del Infinito y el propósito del Eterno. Un alma así liberada de inmediato comienza a sentirse como en casa en este nuevo universo, en su universo.

Cuando experimentes tal transformación por la fe, ya no serás una parte servil del cosmos matemático sino un hijo del Padre Universal, libre, con voluntad. Un hijo así liberado ya no luchará solo contra el inexorable destino del fin de la existencia temporal; ya no pugnará contra toda la naturaleza, con las probabilidades de ganar irremediabilmente en su contra; ya no sentirá el temor paralizante de haber, tal vez, depositado su confianza en un fantasma sin esperanzas o haber puesto su fe en un descabellado error.

En cambio, ahora, los hijos de Dios se aúnan para luchar por una realidad que triunfe sobre las parciales sombras de la existencia. Por fin todas las criaturas toman conciencia de que Dios junto con las huestes divinas del casi ilimitado universo están a su lado en el sublime afán de conseguir la vida eterna y la condición divina. Estos hijos que la fe ha hecho libres de cierto participan en las luchas temporales del lado de las fuerzas supremas y de los seres personales divinos de la eternidad; incluso en su curso luchan las estrellas por ellos; por fin contemplan el universo desde dentro, desde la perspectiva de Dios y toda incertidumbre de aislamiento material se transforma en la seguridad del eterno progreso. Incluso el tiempo mismo se vuelve una sombra de la eternidad proyectada por las realidades del Paraíso sobre la panoplia móvil del espacio. (1117,1-3)

De Dios, la más ineludible de todas las presencias, el más real de todos los hechos, la más vital de todas las verdades, el más amoroso de todos los amigos y el más divino de todos los ideales, tenemos derecho a estar más ciertos que de cualquier otra vivencia en el universo. (1127,4)

Se te ha dotado de un guía perfecto; por tanto, si continúas con sinceridad en la andadura temporal hasta conseguir la meta final de la fe, se te concederá la recompensa de los tiempos; te unirás para la eternidad con tu Modelador interior. Empezarás entonces tu vida real, la vida de ascensión, de la que tu actual estado mortal no es sino el preámbulo. (1225,1)

Pero ningún mortal que conoce a Dios puede estar nunca solo en su viaje a través del cosmos, porque sabe que el Padre camina a su lado a cada paso del camino, mientras que el camino mismo que está atravesando es la presencia del Supremo. (1291,4)

Hombres y mujeres marginados y en desesperación acudían a escuchar a Jesús, y él nunca rechazó a ninguno de ellos. (1560,3)

En cuanto al reino y a vuestra convicción de ser aceptados por el Padre celestial, dejad que os pregunte ¿qué padre entre vosotros, que sea bondadoso y merecedor de llamarse padre, dejaría a un hijo suyo en la angustia o en la duda sobre su situación familiar o sobre el lugar afectivo que ocupa en su corazón de padre? ¿Acaso vosotros, padres terrenales, disfrutáis torturando a vuestros hijos con la incertidumbre sobre el amor que les profesáis en vuestro corazón humano? Tampoco deja vuestro Padre en el cielo a sus hijos espirituales por la fe en la incertidumbre de no saber cuál es su posición en el reino. Si recibís a Dios como vuestro Padre, entonces de cierto y en verdad seréis hijos de Dios. Y si sois sus hijos, entonces encontraréis certitud de posición y estado en todo lo que se refiera a vuestra filiación eterna y divina. Si creéis en mis palabras, creeréis de ese modo en Aquel que me envió; y al creer así en el Padre habéis conseguido vuestra condición como ciudadanos del cielo. Si hacéis la voluntad del Padre en el cielo, nunca dejaréis de alcanzar una vida de eternidad y perfección en el reino divino.(1601,)

Acaso no se venden dos gorriones por un céntimo? Y sin embargo yo os declaro que ninguno de ellos está olvidado a los ojos de Dios. Acaso no sabéis que hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados? No temáis pues; vosotros sois de más valor que muchos gorriones. (1682,1)

No dudéis de ninguna de estas verdades aun cuando estéis dispersos por el mundo debido a las persecuciones y

afligidos por tantos pesares. Cuando os sintáis solos en el mundo, yo sabré de vuestra soledad así como, cuando cada uno se disperse por su sitio, dejando al Hijo del Hombre en las manos de sus enemigos, vosotros sabréis de la mía. (1954,3)

La experiencia de separarse de sus apóstoles fue una gran pesadumbre para el corazón humano de Jesús; su dolor por el amor hacia ellos le oprimía el corazón y le hizo más difícil poder enfrentarse a la muerte que sabía muy bien le aguardaba. Se daba cuenta de cuán débiles e ignorantes eran sus apóstoles, y temía dejarlos. Sabía bien que había llegado la hora de su partida, pero su corazón humano ansiaba encontrar una salida legítima por la que escapar de un sufrimiento y una congoja tan terribles. Y al buscar así una salida, y fracasar, se dispuso a beber de la copa. La mente divina de Miguel sabía que había hecho todo lo posible por los doce apóstoles; pero el corazón humano de Jesús deseaba haber podido hacer más por ellos, antes de dejarlos solos en el mundo. El corazón de Jesús estaba deshecho; en verdad amaba a sus hermanos. Estaba aislado de su familia en la carne; le estaba traicionando uno de los colaboradores que había elegido. El pueblo de su padre José le había rechazado, por lo que se había cerrado a su destino como pueblo con una misión especial en la tierra. Su alma estaba atormentada por el desprecio hacia su amor, por el rechazo a su misericordia. Fue uno de esos terribles momentos humanos en los que todo parece desmoronarse con una aplastante crueldad y una tremenda agonía.

La parte humana de Jesús no era insensible a esta situación de soledad personal, de vergüenza pública y del aparente fracaso de su causa. Todos estos sentimientos tenían un indescriptible peso sobre él. En este gran pesar, su mente regresó a los días de su infancia en Nazaret y a su temprana labor en Galilea. En medio de este gran padecimiento, volvieron a su memoria muchas escenas placenteras de su ministerio terrenal. Y fue con estos viejos recuerdos de Nazaret, Capernaum, el Monte Hermón y de los atardeceres y amaneceres en el reluciente mar de Galilea, que se serenó dando fuerzas y preparando a su corazón humano para encontrarse con el que tan pronto le traicionaría.

Antes de que llegaran Judas y los soldados, el Maestro ya había recobrado plenamente su habitual compostura; el espíritu había triunfado sobre la carne; la fe se había reafirmado sobre la tendencia humana a temer o albergar duda. La prueba suprema de la realización plena de la naturaleza humana había sido superada con creces. Una vez más, el Hijo del Hombre estaba preparado para enfrentarse a sus enemigos con ecuanimidad y con la plena certeza de que, como hombre mortal dedicado sin reservas a hacer la voluntad de su Padre, nada podía vencerle. (1969,4-5; 1970,1)

II. CUANDO NOS SENTIMOS CON DUDAS O CONFUSOS

Tomar una importante decisión en un mundo de continuas tomas de decisiones no es fácil. Tenemos que ganarnos la vida para vivir y entramos, a veces contra nuestra voluntad, en adoración de lo material. Anhelamos ser útiles a los demás, pero buscamos, al mismo tiempo, nuestro propio lucro personal.

Le pedimos a Dios que nos muestre el camino, pero no recibimos ninguna respuesta concreta, y nos derrumbamos, indecisos y titubeantes, porque no estamos seguros qué camino hay que seguir. Nos maravillan aquellos que han descubierto en su vida un faro, hacia el que se encaminan, luchando contra todos los obstáculos, directo como un ejército de hormigas, mientras que nosotros somos simples espectadores, perdiendo, boquiabiertos, el tiempo en cosas inútiles, intentando cosa tras cosa, siempre fracasando. Nos pasamos las noches despiertos pidiendo una guía, pero un tupido velo de desconocimiento nos separa de ese sentido de propósito y destino personal que tanto ansiamos.

Se dice que hay quien parece sin fe, y de hecho sin dirección, nuestros deseos de conseguir una meta digna se truncan como juguetes en manos de un niño. Necesitamos objetivos que enriquezcan nuestro espíritu y que nos impulsen a sobrellevar un camino de espinas, cuando sus pinchazos y moretones nos hagan cuestionarnos si ese lejano objetivo merece el sufrimiento.

No es lo mismo sentir duda que confusión. La confusión se produce cuando se abrazan nuevas ideas, pero no representa ningún daño a no ser que nos dejemos desorientar. La confusión nace de la inexperiencia ante la multiplicidad de filosofías humanas, todas en apariencias justificadas tras una capa superfi-

cial de lógica. No podemos evitar la confusión, pero si nuestra relación con Dios es permanente, la continua revelación espiritual no dejará que sus efectos negativos arraiguen en nosotros.

La duda es más perniciosa porque antepone de forma racional nuestra voluntad a la de Dios. La duda es el deliberado desvío del impulso natural hacia Dios del corazón humano. La duda constituye la negación de la presencia de Dios en nuestra mente, lo más real y verdadero que hay en nosotros. Significa el abandono de nuestros más altos ideales de amor, verdad, servicio y fe. La duda nos conduce a la nada, hacia el vacío ante la ausencia del espíritu. La duda es el mayor de los enemigos, aunque se puede vencer regresando a Dios, regresando al radiante amor del Padre que nos libera de todo lo que pueda dañar a nuestras almas.

La fe es lo normal; la duda no es sino una desviación. La fe es un don que recibirlo requiere que encaucemos nuestras almas en el inmenso caudal del amor que el Padre efunde sobre todos los que le aman y siguen. Es posible sentir la diferencia entre la nada de la duda y la ilimitada extensión de la fe, y el gozo y la paz por la comunión espiritual son testimonios de la presencia del Padre en nuestras almas.

El conocimiento del poder, de la misericordia y de la guía de Dios nos dotan de un giroscopio espiritual en momentos de hastío y tumultos que se escapan a nuestro débil control, estabilizando nuestro navío a medida que surca las oscuras olas de un desconocido mar.

Al fin y al cabo, la más grande evidencia de la bondad de Dios y la suprema razón para

amarle lo constituye el don del Padre que mora en vosotros: el Modelador que con tanta paciencia aguarda la hora en que los dos os hagáis uno para la eternidad. No encontraréis a Dios aunque lo busquéis, pero si os dejáis guiar por el espíritu interior, os sentiréis infaliblemente llevado paso tras paso, vida tras vida, universo tras universo y era tras era, hasta acabar por encontraros en la presencia personal del Padre Universal del Paraíso. (p. 39 - §4)

La vida religiosa es una vida dedicada, y la vida dedicada es una vida creativa, original y espontánea. Una nueva percepción religiosa surge de conflictos que nos obligan a cambiar patrones de comportamiento antiguos y menos importantes por otros renovados y mejorados. Los nuevos contenidos sólo surgen en momentos de conflicto, que persistirán

mientras nos neguemos a adoptar los valores superiores implícitos en estos contenidos superiores.

La perplejidad ante la religión es inevitable; no puede haber ningún crecimiento sin conflicto mental ni agitación espiritual. Dar forma a un modelo filosófico de vida conlleva una gran conmoción en los ámbitos filosóficos de la mente. Sin pugna no hay conflicto de lealtades por lo grande, lo bueno, lo verdadero y lo noble. El esfuerzo comporta aclarar la visión espiritual y aumentar la percepción cósmica. Y el intelecto humano protesta cuando se le priva de subsistir a partir de energías no espirituales cuya existencia es temporal. La indolente mente animal se rebela ante el esfuerzo que necesita en su pugna por la solución de problemas a nivel cósmico.

Desde El libro de Urantia:

Pero el gran problema de la vida religiosa consiste en la tarea de unificar los poderes del alma de la persona mediante el predominio del amor. (1097, 5-7)

La creencia tal vez no pueda resistir a la duda y hacer frente al temor, pero la fe siempre triunfa sobre la duda, porque la fe es algo positivo y vivo. Lo positivo siempre está en ventaja respecto a lo negativo, la verdad sobre el error, la experiencia sobre la teoría, las realidades espirituales sobre los hechos aislados del tiempo y del espacio. (1125,2)

Vosotros los humanos habéis comenzado el despliegue interminable de un horizonte casi infinito, la expansión sin límites de ámbitos cada vez más amplios de oportunidades sin fin para el servicio vivificante, la aventura incomparable, la incertidumbre sublime y la realización sin fronteras. Cuando ante vosotros se acumulen las nubes, debéis en la fe aceptar el hecho de la presencia del Modelador en vuestro interior; así deberíais ser capaces de mirar más allá de las nieblas de la incertidumbre humana hasta llegar hasta la clara luz del sol de la eterna rectitud, en las acogedoras alturas de los mundos de morada de Satania. (1194,1)

El sentirnos confusos, perplejos, incluso a veces desanimados y trastornados, no significa necesariamente que opongamos resistencia a la guía del Modelador interior. Estas actitudes a veces pueden indicar una falta de cooperación activa con el Preceptor divino y pueden, por tanto, demorar en cierto modo el progreso espiritual; pero estas dificultades intelectuales y emocionales no interfieren en lo más mínimo con la incuestionable supervivencia del alma que conoce a Dios. La ignorancia por sí sola no puede impedir jamás la supervivencia; tampoco lo pueden

esas dudas que nos confunden ni esa incertidumbre que nos hace temerosos. Sólo la resistencia consciente a la guía del Modelador puede prevenir la supervivencia del alma inmortal evolutiva. (1206,3)

Me fiaré del Señor de todo mi corazón; y no me apoyaré en mi propia prudencia. Lo reconoceré en todos mis caminos, y él enderezará mis veredas. (1445,2)

(Jesús) decidió dejar la resolución final de esta complicada situación a la voluntad del Padre. (1532,1)

Y cuando Jesús escuchó estas palabras, bajó la mirada al rostro ansioso del padre, diciendo: “No cuestiones el poder amoroso de mi Padre, sino tan sólo la sinceridad y alcance de tu fe. Todas las cosas son posibles para el que cree de verdad.” Entonces Santiago de Safad pronunció esas palabras inolvidables, mezcla de fe y duda: “Señor, yo creo. Te ruego que me ayudes en mi incredulidad.” (1757,2)

Jesús experimentó esos altibajos de sentimientos que son comunes a toda experiencia humana. (1969,2)

La teología puede fijar, formular, definir y dogmatizar la fe, pero en la vida humana de Jesús la fe fue personal, viva, inherente, espontánea y puramente espiritual. Esta fe no fue reverencia por la tradición ni una mera creencia intelectual que conservaba como un credo sagrado, sino más bien una vivencia sublime y una convicción profunda que lo sostenía con firmeza. Su fe fue tan real y tan completa que barrió de forma absoluta toda duda espiritual y destruyó de forma efectiva todo deseo contradictorio. Nada pudo arrancarlo del ancla espiritual de esta fe ferviente, sublime e impertérrita. Incluso ante la aparente derrota o en trances de desencanto y desesperación amenazadora, permaneció sereno en la presencia divina, libre de temores y plenamente consciente de ser espiritualmente invencible. Jesús disfrutó de la vivificante certeza de poseer una fe inquebrantable y en cada una de las difíciles situaciones de la vida, indefectiblemente exhibió una incuestionable lealtad hacia la voluntad del Padre. Esta magnífica fe permaneció impertérrita incluso ante la cruel y aplastante amenaza de una muerte ignominiosa. (2087,5)

III. Cuando nos sentimos culpables

Cuando nos comportamos mal, la culpa misma nos muestra cómo hemos transgredido nuestros propios esquemas morales. Al igual que el dolor que nos indica que tenemos una astilla clavada profundamente en la carne, la culpa nos requiere que hagamos un alto en el mal que estamos cometiendo, creándonos un terrible sentimiento de haber fallado a los ojos de Dios y la sensación de separación de nuestros seres queridos. El dolor disminuye cuando se extrae la astilla, pero el sentimiento de culpa puede extenuarnos incluso años después del pensamiento o acto que la originó. Debemos simplemente excluir, abandonar, olvidar, negar la entrada a nuestro pensamiento de esta inútil culpa. Al haber cumplido su propósito, al habernos llegado su válido mensaje con relación a nuestro impropio comportamiento, si el sentimiento de culpa se niega a huir ante el perdón del Padre, debemos expulsarla por la fuerza si queremos sentirnos en paz.

Todos sabemos de la oscuridad del alma que se siente con culpa. Nos sentimos culpable cuando sabemos que hemos hecho algo mal, pero también cuando se nos hace sentir así por no seguir unas normas sociales que nos apartan de nuestros criterios religiosos. Por ejemplo, no tiene nada que ver con el pecado el asistir o no a servicios religiosos, a la misa o a la sinagoga, por mucho peso que tenga para sus respectivas comunidades religiosas. En estos casos, la culpa que se nos imputa debe simplemente rechazarse. Jesús vino al mundo para proclamar la libertad espiritual y la rectitud basadas únicamente en nuestra cooperación y dependencia a la voluntad de Dios, y esto tiene que tener preferencia sobre la obediencia a las costumbres y ritos humanos. Jesús nos mostró un Dios que

perdona y que es incapaz de crear en sus hijos ningún sentimiento de culpa.

Poner las cosas en perspectiva aligera la agonía de la culpa. ¿Quién puede vivir siempre a la luz de su ideal de vida? El pecado es a veces inevitable; es un resultado natural del hecho de haber sido creados libres aunque inmaduros; es parte del hecho de ser humano. Lo importante es saber recuperarse pronto del error que nos ocasionó la culpa, considerarlo como un aprendizaje útil y mantenernos en guardia para que no se repita en el futuro.

En el caso de una deliberada transgresión de lo que sabemos que es lo correcto, la cura más fácil es la admisión y el arrepentimiento unidos al intento sincero de nunca más errar. Al pedirse así, Dios abre las puertas de su perdón sanándonos el alma. El pecado que no se reconoce se graba en los más recónditos lugares de nuestra alma, pero cuando se le hace frente y se admite, Dios lo borra para siempre, y tenemos por tanto que sacar coraje para perdonarnos a nosotros mismos. Regodearnos en nuestras deficiencias sólo da a éstas más fuerzas. Debemos, por el contrario, repudiarlas porque el pasado ya pasó. Dios nos ha hecho completos, listos para afrontar sin carga los retos que la vida futura nos ofrece.

Algunas veces no aceptamos que Dios nos ha perdonado, y continuamos reprochándonos a nosotros mismos. Aquí puede que el problema no sea falta de arrepentimiento, sino la falta de conocimiento de la naturaleza comprensiva y perdonadora de Dios. Los que ven a Dios como un juez severo tienen un gran problema con la culpa. Todos tenemos deficiencias, cada uno de nosotros, pero sin el entendimiento de

la paternidad y solicitud de Dios, la pena persiste envenenando nuestras vidas espirituales y privándonos de la alegría.

El sentimiento de culpa por omisión es quizás el más difícil de sobrellevar, porque nuestros ideales se expanden más rápidos de lo que lo hace nuestra capacidad de vivir a la altura de éstos. En relación a este sentido de culpa, debemos recordar que el Padre creó al hombre mortal totalmente inmaduro, y este hecho nos impide vivir una vida perfecta en la tierra. No podrían ser de otra manera. Como humanos, debemos aspirar a lo más alto sin que represente para nosotros un serio problema por no poder alcanzar constantemente los objetivos que nuestra progresiva percepción espiritual identifica con la perfecta voluntad de Dios. Nuestro Padre emana sus buenos sentimientos sobre nuestro pasado, tal como debemos hacer nosotros, en la seguridad de poder construir sobre ellos nuestro camino hacia la perfección.

El Padre no desea que sus hijos vivan en la culpa. No hay que ver en la culpa sino como un recordatorio, válido para nuestras almas, de

que tenemos que desplegar nuestro mejor comportamiento y actitud. Permitirnos el sentimiento de culpa, sin embargo, nos puede hostigar, extenuar e impedir nuestro viaje espiritual hacia ese estado en el que el pecado es algo imposible, hacia la fusión de nuestras almas con el espíritu del Padre que habita en nuestro interior.

Todo lo que tenemos que hacer es esforzarnos sinceramente por vivir según la luz de nuestro más alto entendimiento espiritual, sin dejar que el pecado consciente exista en nuestras vidas. El pecado involuntario es un lapsus momentáneo que no tiene ningún efecto en la vida espiritual, pero el pecado frecuente es un veneno para el alma y debe ser erradicado si no queremos retroceder. Para estar limpios en nuestro interior debemos evitar pecar de continuo mediante el poder de nuestra relación con Dios, relación basada en una alegría cada vez difícil de interrupción. El Padre se encargará del resto. Nuestro Padre nos ama de manera suprema, ve a lo que podemos llegar y obra para ayudarnos a satisfacer el destino que estableció para nosotros antes de que comenzaran los mundos.

Desde El libro de Urantia:

Dios es divinamente bondadoso con los pecadores. Cuando los rebeldes vuelven a la rectitud, se les recibe con misericordia, “pues nuestro Dios es amplio en perdonar”. “Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”. (39,3)

En todo mortal existe una doble naturaleza: la herencia de tendencias animales y el impulso elevado de la dotación espiritual. Durante vuestra breve vida en Urantia, estos dos impulsos disimilares y opuestos difícilmente pueden reconciliarse por completo; no se pueden armonizar ni unificar; pero a lo largo de vuestra vida, el Espíritu combinado no cesa jamás de ministrar para ayudaros a someter la carne cada vez más a la guía del Espíritu. Aunque debes vivir tu vida material, aunque no puedas escapar al cuerpo y sus necesidades, no obstante, en propósito e ideales, cada vez te sentirás más dotado de poder para someter la naturaleza animal a la supremacía del Espíritu. En verdad existe en ti una confluencia de fuerzas espirituales, una combinación de poderes divinos, cuyo único propósito consiste en llevar a efecto tu completa liberación de la esclavitud material y de los impedimentos finitos. (381,3)

El estímulo normal del ser animal y el apetito e impulso natural de la naturaleza física no entran en conflicto ni

siquiera con la más alta realización espiritual excepto en la mente de las personas ignorantes, mal instruidas o, desafortunadamente, escrupulosas en extremo. (383,1)

El sentimiento de culpa (no la conciencia del pecado) se produce cuando se interrumpe la comunión espiritual o cuando se reducen nuestros ideales morales. La liberación de este estado tan sólo puede producirse al comprender que nuestros más elevados ideales morales no son necesariamente sinónimos de la voluntad de Dios. El hombre no puede esperar vivir de acuerdo con sus ideales más elevados, pero puede ser fiel a su propósito de encontrar a Dios y de llegar a ser vez más como él. (1133,3)

Pero no siempre podemos fiarnos de la interpretación que hace el hombre de este conflicto antiguo entre la voluntad egoísta y la voluntad altruista. Tan sólo un ser provisto de una personalidad bien unificada puede erigirse como árbitro de la multiforme disputa entre los deseos del ego y la conciencia social en desarrollo. Al igual que nuestro prójimo, el yo tiene sus derechos. Ninguno de los dos ha de reclamar de la persona su exclusiva atención y servicio. La incapacidad de resolver este problema da origen al más antiguo orden de los sentimientos humanos de culpa. (1134,2)

Jesús dijo: “Amigo mío, todos somos como Jonás, con vidas que vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, y cada vez que tratamos de escapar al deber que nos impone la vida diaria, fugándonos en incentivos distantes, nos ponemos de inmediato bajo influencias que no están regidas por los poderes de la verdad ni por las fuerzas de la rectitud. Escapar al deber es sacrificar la verdad. Escapar al servicio de la luz y la vida sólo puede causar penosos conflictos con las dificultosas ballenas del egoísmo que terminan por conducirnos a la oscuridad y la muerte, a menos que estos Jonases que han abandonado a Dios sepan volcar su corazón, incluso en los momentos mismos que se encuentren inmersos en la más profunda desesperación, hacia la búsqueda de Dios y de su bondad. Y cuando tales almas afligidas buscan sinceramente a Dios hambrientas de verdad y sedientas de rectitud nada podrá retenerlas más en cautiverio. Sea cual fuere el abismo en el que puedan haber caído, cuando buscan la luz de todo corazón, el espíritu del Señor Dios del cielo las librárá de su cautiverio; las circunstancias malignas de la vida las arrojarán a la tierra firme de las nuevas oportunidades para un servicio renovado y una vida más juiciosa”. (1428,2)

La mente humana no soporta bien el conflicto de una doble lealtad. Es un gran peso para el alma sufrir la experiencia de esforzarse por servir al bien y al mal a la vez. La mente supremamente feliz y eficazmente unificada es aquella dedicada por entero a hacer la voluntad del Padre celestial. Los conflictos no resueltos destruyen la unidad y pueden dar lugar a la dislocación de la mente. Pero el carácter de supervivencia del alma no se alimenta intentando asegurar la paz mental a cualquier precio, abandonando nobles aspiraciones o comprometiendo ideales espirituales; más bien tal paz se alcanza por la afirmación decidida del triunfo de lo que es verdadero, y esta victoria se logra venciendo al mal con la poderosa fuerza del bien. (1480,4)

Los tres apóstoles se sintieron conmovidos aquella tarde cuando se dieron cuenta de que en la religión de su Maestro no había lugar alguno para el examen de conciencia espiritual. Pero Jesús nada dijo que censurara el análisis de uno mismo para prevenir el arrogante egotismo. (1583,1)

Incluso el perdón de los pecados obra de este mismo modo infalible. El Padre en el cielo te ha perdonado incluso antes de que hayas pensado en pedírselo, pero dicho perdón no es accesible a tu vivencia religiosa personal hasta que no perdones tú a tus semejantes. El perdón de Dios de hecho no depende de que perdones a tus semejantes, pero como vivencia depende justo de esto. (1638,4)

Jesús comprendía plenamente lo difícil que les resulta a los hombres romper con su pasado. Sabía cómo el predicador influye en los seres humanos con su elocuencia y cómo la conciencia responde a la llamada emotiva tal

como la mente responde a la lógica y a la razón, pero también sabía la gran dificultad que entrañaba para el hombre renunciar a su pasado. (1722,4)

No os desaniméis al descubrir que sois humanos. La naturaleza humana puede tener tendencia al mal pero no es intrínsecamente pecaminosa. No os sintáis desalentados ante vuestra incapacidad para olvidar por completo algunas de vuestras experiencias más lamentables. Los errores que no podáis olvidar en el tiempo se olvidarán en la eternidad. Aliviad la carga de vuestra alma poniendo vuestro destino en una perspectiva más amplia, en la expansión de vuestra andadura en el universo. (1739,3)

Una tarde en Hipos, en respuesta a la pregunta de uno de los discípulos, Jesús instruyó en el perdón. Dijo el Maestro:

“Si un hombre de buen corazón tiene cien ovejas y una de ellas se extravía, ¿acaso no dejará inmediatamente a las noventa y nueve para ir en busca de la que se ha extraviado? Y si es un buen pastor, ¿acaso no perseverará en la búsqueda de la oveja extraviada hasta hallarla? Y luego cuando encuentre el pastor su oveja perdida, se la echará al hombro y de camino a su casa con regocijo llamará a sus amigos y vecinos, diciéndoles: ‘regocijaos conmigo, porque hallé a mi oveja perdida’. Os declaro que hay más felicidad en el cielo cuando se arrepiente un pecador que por noventa y nueve personas rectas que no necesitan arrepentimiento. Incluso así, no es la voluntad de mi Padre en el cielo que se extravié uno de estos pequeños, mucho menos, que perezcan. En vuestra religión, Dios puede que reciba a los pecadores arrepentidos; en el evangelio del reino, el Padre sale a buscarlos incluso antes de que hayan pensado con seriedad en arrepentirse.” (1762,3-4)

Nunca vaciles en admitir el fracaso. No intentes ocultar el fracaso bajo sonrisas engañosas y falso optimismo. Suena bien pretender tener siempre éxito, pero los resultados finales son atroces. Proceder así conduce directamente a la creación de un mundo de irrealdad y al choque inevitable del desencanto final. (1779,5)

“El perdón divino es inevitable; es inherente e inalienable a la infinita comprensión de Dios, a su perfecto conocimiento de todo lo relacionado con el juicio equivocado y la elección errónea del hijo. La justicia divina es tan eternamente ecuánime que de forma infalible incluye la conmiseración.” (1898,3)

IV. En caso de enfermedad o privaciones

Al ver la aflicción de personas inocentes, algunos cuestionan el amor de Dios, incluso su existencia. Pero el padre ama a todos sus hijos, y no quiere que nadie esté herido, enfermo u oprimido por las circunstancias. La existencia del sufrimiento demuestra por el contrario que Dios

Nos ha colocado en la única clase de mundo en la que se pudiera desarrollar la fortaleza de carácter, esto es, donde la libertad de las acciones tienen consecuencias reales. Dios no hace descender sobre sus hijos la tribulación, pero creó el mundo tal como es para que aprendiéramos y maduráramos en contacto con la verdadera realidad. Este aprendizaje puede resultar duro, pero válido en cuanto nos hace personas fuertes y de fe que creen en los valores espirituales en medio de todo lo que parece contrario a lo bueno, bello y verdadero.

Entonces, ¿cómo debemos recibir al indeseable huésped de la enfermedad y las privaciones cuando llegan, tal como inevitablemente llegan? Podemos convertirnos en apesadumbrados fatalistas, que difícilmente se decepcionan porque esperan siempre lo peor; en llorones y quejicas, que vanamente buscan a alguien para culpar de sus problemas; en deliberados optimistas, que sueñan con un mundo de irrealidad; o, podemos enfrentarnos a la vida simplemente con la fe en la voluntariedad del padre en darnos fuerzas para resolver y vencer los problemas de la vida, con la confianza en su capacidad para sacar el bien de cada situación. En la compañía de Dios, sacaremos lo mejor de cada situación que se nos presente, expectantes en la fe y con la férrea determinación de prevalecer sobre cualquier circunstancia.

El Padre puede, por su puesto, curar toda la enfermedad con una palabra, pero al hacer eso tendría que transgredir todas las leyes físicas que él mismo ordenó y no conduciría a los hombres hacia el reino. Ni las cinco mil personas a las que Jesús alimentó en las orillas de Galilea ni las quinientas que sanó al atardecer en Capernaun consiguieron avanzar en el reino de Dios a pesar de estos milagros.

Mientras que la ciencia evoluciona y progresivamente resuelve los problemas de las enfermedades, debería confortarnos el conocimiento que el Padre tiene de nuestras aflicciones. Cuando se ha hecho todo lo posible para mejorar la situación, debemos aceptar nuestras circunstancias, recordando que toda aflicción es temporal y que puede guiarnos a construir nuestras almas eternas siempre que aceptemos nuestra situación con dignidad, fe y completa sumisión a la voluntad del Padre. Tras haber agotado todos nuestros recursos personales, podemos descansar en el amor de nuestro Padre, donde la fe sin trabas nos puede traer la curación de cualquier aflicción.

No sólo de pan vive el hombre, pero el hombre necesita el pan para vivir. Una de las dificultades más comunes es la falta de recursos económicos, pero muchos de los que se ven en esa situación de privación lo son porque precisamente no tienen lo que les gustaría tener. Jesús nos enseñó que la vida del hombre no consiste la codicia sino en cada una de las palabras que salen de Dios. Mucho mejor es ser pobre, estar enfermo y buscar a Dios con sumisión, que ser orgulloso y autosuficiente espiritualmente, es decir, yermo, desconectado de Dios. El Padre es fuente de toda abundancia, y se contenta en

proporcionarnos todo lo que realmente necesitamos que no interfiera con el crecimiento gradual de nuestras almas.

Cuando el reino de los cielos es la meta de nuestra existencia, las consideraciones materiales se relegan al lugar secundario que

les pertenece. La vida conlleva inevitablemente sufrimiento, pero para aquellos que pueden ver el gran propósito del Padre tras el velo, él les ofrece una duradera paz interior que les permite sobreponerse a cualquier privación.

Desde El libro de Urantia:

Dios es bondadoso en esencia, compasivo por naturaleza y misericordioso en perpetuidad. Y nunca es necesario influenciar al Padre para suscitar su benevolencia. La necesidad de la criatura es en sí misma totalmente suficiente para asegurar el flujo pleno de su tierna misericordia y de su gracia salvadora. Puesto que Dios conoce todo acerca de sus hijos, le resulta fácil perdonar. Cuanto mejor entienda el hombre a su prójimo, tanto más fácil le resultará perdonarlo, e incluso amarlo. (38,2)

“Verdaderamente he visto la aflicción de mi pueblo, he oído su clamor y conozco sus angustias”. Porque “desde los cielos mira el Señor; ve a todos los hijos de los hombres; desde el lugar de su morada mira sobre todos los habitantes de la tierra”. Todo hijo de criatura puede en verdad decir: “Él conoce mi camino, me probará, y saldré como oro”. “Dios ha conocido mi sentarme y mi levantarme; ha entendido desde lejos nuestros pensamientos, y todos nuestros caminos le son conocidos”. “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuentas”. Y debería realmente confortar a todo ser humano el entender que “Él conoce vuestra condición; se acuerda de que sois polvo”. Hablando del Dios vivo, Jesús dijo: “Vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad, incluso antes de que vosotros le pidáis”. (49,1)

La vida de cualquier criatura evolutiva está acuciada por ciertas inevitabilidades. Planteaos lo siguiente:

¿Es el coraje -la fuerza del carácter- deseable? Entonces el hombre tiene que crecer en un ambiente que le haga luchar contra las dificultades y reaccionar ante las decepciones.

¿Es el altruismo -el servicio al prójimo- deseable? Entonces la experiencia de la vida tiene que proporcionar situaciones donde se encuentre la desigualdad social.

¿Es la esperanza -la grandeza de la confianza- deseable? Entonces la existencia humana debe enfrentarse constantemente con inseguridades e incertidumbres periódicas.

¿Es la fe -la afirmación suprema del pensamiento humano- deseable? Entonces la mente del hombre tiene que verse en esa situación difícil y problemática en la que siempre sabe menos de lo que cree.

¿Es deseable el amor a la verdad y la disposición para seguirla allá donde conduzca? Entonces el hombre tiene que crecer en un mundo donde el error esté presente y la falsedad sea siempre posible.

¿Es el idealismo -el concepto que aproxima a lo divino- deseable? Entonces el hombre tiene que esforzarse en un ambiente de bondad y de belleza relativas, en un entorno que estimula la irreprímible tendencia hacia cosas mejores.

¿Es la lealtad -la devoción al supremo deber- deseable? Entonces es preciso que el hombre se mantenga en medio de las posibilidades de incumplimiento y deserción. La valentía de la devoción al deber consiste en el peligro implícito de no cumplirla.

¿Es el desinterés -la disposición para olvidarse de sí mismo- deseable? Entonces el hombre mortal tiene que vivir frente al incesante clamor de un ineludible y deseoso de reconocimientos y honores. El hombre no podría elegir con dinamismo la vida divina si no hubiese una vida propia a la que renunciar. El hombre nunca podría utilizar la rectitud como salvación si no existiera el mal potencial que exalta y diferencia el bien por contraste.

¿Es el placer -la satisfacción de la felicidad- deseable? Entonces el hombre tiene que vivir en un mundo donde la alternativa del dolor y la probabilidad del sufrimiento sean unas posibilidades vivenciales siempre presentes. (51,4-13)

La mente humana puede pensar inmediatamente en mil y una cosas - catástrofes físicas, accidentes espantosos, desastres horribles, enfermedades dolorosas y calamidades mundiales- y preguntarse si tales sucesos están correlacionados con los desconocidos designios de esta probable acción del Ser Supremo. Francamente, no lo sabemos; no estamos realmente seguros. Pero sí observamos que, según pasa el tiempo, todas estas situaciones difíciles y más o menos misteriosas tienen siempre como resultado el bienestar y el progreso de los universos. (115,7)

La confusión y los disturbios existentes en Urantia no indican que a los Gobernantes del Paraíso les falte interés o capacidad para actuar sobre éstos de otra forma. Los Creadores poseen pleno poder para hacer de Urantia un verdadero paraíso, pero dicho Edén no contribuiría al desarrollo de esos rasgos fuertes, nobles y experimentados que los Dioses, con tanta firmeza, forjan en vuestro mundo entre el yunque de la necesidad y el martillo de la angustia. Vuestras ansiedades y penas, vuestras pruebas y desilusiones, son tanto parte del plan divino en vuestra esfera como lo son la excelente perfección y la infinita adaptación de todas las cosas a su propósito supremo en los mundos del universo central y perfecto. (258,11)

Se ha disfrutado del último reposo en el tiempo; se ha experimentado el último sueño en transición; ahora os despertáis a la vida imperecedera en las orillas de la morada eterna. “Ya no habrá más sueño. La presencia de Dios y de su Hijo están ante vosotros y vosotros sois eternamente sus servidores; habéis visto su rostro, y su nombre es vuestro espíritu. No habrá noche allí; y no necesitan de la luz del sol, porque la Gran Fuente y Centro les da luz; vivirán por siempre y para siempre. Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”. (299,5)

Cuando se alcanzan las alturas de la perfección y la eternidad, hay mucho más motivo de orgullo en el caso de aquellos que comenzaron desde abajo y ascendieron con gozo en la escala de la vida, peldaño tras peldaño, y que, cuando finalmente llegan a las alturas gloriosas, habrán conseguido en su experiencia personal un conocimiento real de cada fase de la vida, de abajo a arriba.

En todo esto se ve la sabiduría de los Creadores. Sería igualmente fácil para el Padre Universal hacer de todos los mortales seres perfectos, impartir perfección con su palabra divina. Pero eso les privaría de la maravillosa vivencia de la aventura y capacitación junto con el largo y gradual ascenso hacia el interior, una vivencia reservada tan sólo para aquellos que tienen la buena fortuna de comenzar su existencia en el escalón más bajo de la vida. (361,5-6)

Aunque es del todo cierto que no puede venir el bien del mal para aquel que concibe y hace el mal, es igualmente verdad que todas las cosas (incluyendo el mal, potencial o manifestado) cooperan para el bien de todos los seres que

conocen a Dios, desean hacer su voluntad y ascienden al Paraíso de acuerdo con su plan eterno y su propósito divino. (616,6)

Formamos parte de una gigantesca creación, y no es extraño que no todo obre en perfección; nuestro universo no fue creado en perfección. La perfección es nuestra meta eterna, no nuestro origen. (846,5)

[Los Modeladores del Pensamiento] No están interesados en hacer fácil la andadura mortal; más bien les interesa hacer vuestra vida razonablemente difícil y accidentada, para que se incentive y multiplique la toma de decisiones. La presencia de un gran Modelador del Pensamiento no significa una vida fácil ni la liberación del pensamiento extenuante, pero tal don divino ha de conferir una sublime paz de mente y una magnífica tranquilidad de espíritu.

Tus emociones pasajeras de pena y alegría, pasajeras y siempre cambiantes, son principalmente respuestas puramente humanas y materiales a tu clima psíquico interior y a tu entorno material externo. No recurras, pues, al Modelador de forma egoísta para que te consuele e inútilmente te reconforte. La tarea del Modelador es prepararte para la aventura eterna, asegurar tu supervivencia. No es misión del Preceptor Misterioso aliviar tus tumultuosos sentimientos ni atender a tu orgullo herido; es la preparación de tu alma para su larga andadura ascendente la que requiere la atención y ocupa el tiempo del Modelador. (1191,6; 1192,1)

Dotar de libertad a seres imperfectos entraña una inevitable tragedia, y es innato en la perfecta Deidad ancestral compartir este sufrimiento con el afecto universal de su compañía amante. (1203,1)

La incertidumbre junto a la seguridad es la esencia de la aventura al Paraíso. Incertidumbre en tiempo y en mente, incertidumbre en cuanto al despliegue de acontecimientos en el ascenso al Paraíso; seguridad en espíritu y en eternidad, seguridad en la confianza incondicionada del hijo creado en la compasión divina y en el infinito amor del Padre Universal; incertidumbre como ciudadano inexperto del universo; seguridad como hijo ascendente en las moradas del universo de un Padre todopoderoso, omnisciente y omniamante. (1223,3)

¿Te puedo aconsejar que atiendas al eco distante de la fiel llamada que hace el Modelador a tu alma? El Modelador que habita en tu interior no puede detener ni incluso alterar materialmente tu andadura de lucha en el tiempo; el Modelador no puede disminuir las dificultades de la vida mientras atraviesas este mundo penosamente. El morador divino interior tan sólo puede pacientemente abstenerse mientras luchas la batalla de la vida tal como se vive en tu planeta; pero podrías, si tan sólo quisieras -al afanarte y preocuparte, al luchar y perseverar- permitir que el valiente Modelador luche contigo y para ti. Te podrías sentir reconfortado e inspirado de este modo, cautivado y fascinado, si permitieses que el Modelador te trajera de forma constante las imágenes del verdadero motivo, del objetivo final y del propósito eterno de esta difícil lucha cuesta arriba con los problemas corrientes en tu actual mundo material.

¿Por qué no ayudas al Modelador en su tarea de mostrarte el equivalente espiritual de todos estos extenuantes esfuerzos materiales? ¿Por qué no permites que el Modelador te fortalezca con las verdades espirituales del poder cósmico mientras luchas en tu existencia con las dificultades temporales propias de las criaturas? ¿Por qué no alientas a este asistente celestial a que te reconforte con una clara visión y una perspectiva eterna de la vida universal a medida que tu mirada perpleja se torna sobre los problemas del tiempo que corre? ¿Por qué te niegas a sentirte iluminado e inspirado por el punto de vista universal mientras perseveras en las dificultades del tiempo y te pierdes en el laberinto de incertidumbres que acosan tu viaje en la vida mortal? ¿Por qué no permitir al Modelador que espiritualice tu pensamiento, aunque tu pies deban pisar las rutas materiales de tu esfuerzo terrenal? (1223,4-5)

Mucho de lo que un mortal llamaría providencial no lo es; su juicio en estos asuntos está muy dificultado por la falta de una visión de futuro en cuanto a los verdaderos significados de las circunstancias de la vida. Mucho de lo que un mortal llamaría buena suerte puede ser en realidad mala suerte; la sonrisa de la fortuna, que concede un tiempo libre

no ganado y una riqueza no merecida puede ser la mayor de las aflicciones humanas; la crueldad aparente de un destino adverso que colma de tribulaciones al sufriente mortal puede ser, en realidad, un fuego que temple y que transmute el hierro dulce de la personalidad inmadura en el acero templado del verdadero carácter. (1305,4)

“Madre María, la pena no nos lleva a ninguna parte; hacemos lo que podemos, y una sonrisa materna podría acaso animarnos a hacerlo mejor. Día tras día nos fortalece en las tareas la esperanza de tiempos mejores.” [Jesús] Su sólido y práctico optimismo era en verdad contagioso; los niños vivían en una atmósfera de espera de tiempos mejores y de cosas mejores. Esta actitud de coraje y esperanza contribuyó de gran manera al desarrollo de caracteres fuertes y nobles, a pesar de su descorazonadora pobreza.

Jesús tenía la habilidad de activar de forma efectiva todo su poder de mente, alma y cuerpo en la tarea que le ocupaba en el momento. Podía concentrar su mente con gran profundidad en el problema que deseaba resolver, y esto, unido a su incansable paciencia, le permitió soportar con serenidad todas las pruebas de una difícil existencia mortal, vivir como si estuviera “viendo a Aquel que es invisible.” (1400,6-7)

Jesús se está convirtiendo con rapidez en un hombre, no simplemente en un hombre joven, sino en un adulto. Ha aprendido bien a cumplir con sus obligaciones. Sabe sobreponerse a las desilusiones. Soporta con fortaleza la frustración de sus planes y el fracaso de sus objetivos. Ha aprendido a ser equitativo y justo incluso ante la injusticia. Está aprendiendo a adaptar sus ideales de vida espiritual a las exigencias prácticas de la existencia terrenal. Está aprendiendo a forjar planes en cuanto a la realización de su más elevado y alejado objetivo de idealismo mientras se esfuerza por trabajar para la consecución de unos imperiosos objetivos, más cercanos e inmediatos. Está firmemente adquiriendo la capacidad de adaptar sus aspiraciones a las exigencias comunes de las circunstancias humanas. Casi domina el modo de utilizar la energía que le provee el impulso espiritual para modificar el engranaje de la realización material. Lentamente está aprendiendo a vivir la vida celestial mientras continúa viviendo la vida terrestre. Cada vez más sigue la guía final de su Padre celestial mientras asume el papel paterno de guiar y dirigir a los hijos de su familia terrenal. Está adquiriendo experiencia en arrancar la victoria de las garras mismas de la derrota; está aprendiendo a transformar las dificultades del tiempo en los triunfos de la eternidad. (1405,4)

No resistáis la injusticia por la fuerza; no coloquéis vuestra confianza en manos de la carne. Si vuestro prójimo os hiere la mejilla derecha, volvedle también la otra. Preferid sufrir una injusticia a tener pleito entre vosotros. En bondad y con misericordia ministrad a todos los que están en desconsuelo y necesidad.

Yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os ultrajan. Y todo lo que vosotros creáis que haría yo para los hombres, hacedlo también vosotros por ellos. (1571,1-2)

Jesús impartía que la conquista conllevaba un sacrificio, el sacrificio del orgullo y del egoísmo. Cuando hablaba de mostrar misericordia quería decir liberarse espiritualmente de todos los rencores, resentimientos, ira y ansia de poder egoísta y de venganza. Y cuando dijo: “No resistáis al mal”, explicó más tarde que no quería decir que se tolerara el pecado ni que se confraternizara con la iniquidad. Más bien intentaba enseñar a perdonar, “a no resistir el mal trato contra la persona de uno, la innoble injuria contra nuestros sentimientos y nuestra dignidad personal”. (1590,3)

Pero puedes estar seguro de una cosa: el Padre no envía de forma arbitraria la aflicción como castigo a la maleficencia. La imperfección y los impedimentos son inherentes al mal; el castigo es inevitable al pecado; las

consecuencias destructoras son ineludibles a la iniquidad. El hombre no debe culpar a Dios por esa aflicción que no es sino el resultado natural de la vida que él elige vivir; tampoco se debe quejar el hombre de esas experiencias que son parte de la vida tal como se vive en este mundo. Es la voluntad del Padre que el hombre mortal trabaje con perseverancia y firmeza para mejorar su condición en la tierra. (1661,5)

No dudes del amor de Dios en tu aflicción por haber transgredido por ingenuidad o deliberación alguna ordenanza divina sólo porque él ordenó esa ley justa y sabia. (1662,1)

El Dios eterno es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos'. Él conoce vuestro cuerpo; se acuerda de que sois polvo'. 'Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas'. 'Él es esperanza al pobre, fortaleza al menesteroso en su aflicción, refugio contra el turbión, sombra contra el calor sofocante'. 'Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas'. 'No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare!' 'Cuando pases por las aguas de la aflicción, yo estaré con vosotros, y cuando los ríos de la adversidad te sobrecojan, no te abandonaré'. 'Él me ha enviado a vendar los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a consolar a todos los enlutados'. (1662,2)

Enseñad a todos los creyentes a que no se apoyen en los inseguros pilares de la falsa compasión. No podéis desarrollar caracteres fuertes si os entregáis a compadeceros de vosotros mismos; esforzados con honestidad en evitar la influencia engañosa de compartir los pesares. Ofreced vuestra compasión a los valientes y valerosos, poniendo límites en vuestra piedad por aquellas almas cobardes que tan sólo se enfrentan a medias con las pruebas de la vida. No brindéis consuelo a los que sucumben a sus problemas sin luchar. No ofrecéis compasión a vuestros semejantes con el solo objeto de conseguir que ellos a su vez se compadezcan de vosotros. (1766,7)

Enseñad a todos los creyentes que los que entran al reino no se vuelven inmunes a los accidentes del tiempo ni a las catástrofes ordinarias de la naturaleza. El creer en el evangelio no evitará encontrarse con problemas, pero sí os asegurará que no tendréis miedo cuando os acucien los problemas. Si os atrevéis a creer en mí y de todo corazón me seguís, al hacerlo así de cierto entraréis en un camino en verdad difícil. No os prometo liberaros de las oscuras aguas de la adversidad, pero sí os prometo que navegaré con vosotros sobre ellas. (1767,)

Que no se atribule vuestro corazón; todas las cosas ayudan a la gloria de Dios y a la salvación de los hombres. (1966,1)

Si razonaran al ver a Jesús ofreciendo su vida en la cruz, los hombres y las mujeres no se permitirían quejarse de nuevo ni siquiera por los mayores sufrimientos de la vida, mucho menos de las pequeñas dificultades ni por muchos motivos puramente ficticios. Su vida fue tan gloriosa y su muerte tan triunfal que a todos nos atrae el deseo de compartirlas. Existe un auténtico poder de atracción en la completa efusión de Miguel, desde los días de su juventud hasta el sobrecogedor espectáculo de su muerte en la cruz. (2019,3)

La vida mortal golpeó a Jesús con su mayor dureza, crueldad y amargura; pero como hombre se enfrentó a estas vicisitudes de la desesperación con fe, coraje y la determinación inquebrantable de hacer la voluntad del Padre. Jesús se enfrentó a la vida en su más terrible faceta y la conquistó, incluso en la muerte. Él no usó la religión para liberarse de la vida. La religión de Jesús no busca escapar de esta vida para disfrutar de una esperada dicha en otra existencia. La religión de Jesús proporciona el gozo y la paz de otra existencia y de una existencia espiritual para elevar y ennoblecer la vida que los hombres viven ahora en la carne. (2063,1)

Pentecostés dotó al hombre mortal con el poder de perdonar las injurias personales, de mantener su dulzura en medio de las injusticias más graves, de permanecer inamovible frente al peligro más apabullante y de retar los males del odio y de la ira actuando con valentía, amor y tolerancia. (2064,4)

V. CUANDO NOS SENTIMOS DESALENTADOS O DERROTADOS

Cuando nos sonríe el éxito es natural que nos riarnos y hagamos chistes, pero cuando nuestros sueos más acariciados se derrumban nos resulta difícil ver la parte positiva. A menudo el desaliento y la derrota traen consigo la tristeza, pero de nada sirve lamentarse cuando la batalla est  ya perdida. Pero si nos conformamos, nos hacemos vulnerables a las corrientes del mal y del dolor de este mundo imperfecto; si plegamos nuestros principios sin luchar, el desaliento nos ha ganado una batalla sin ninguna necesidad.

El desaliento surge ante el continuo fracaso que nos hace preguntarnos si estamos a la altura de nuestros propios principios o de los principios de los demás. Pero el único criterio que que importa ante Dios es si seguimos la guía del espíritu en nuestras vidas. No nos debemos culpar por las causas de los fracasos que est n fuera de nuestro control tales como circunstancias específicas, falta de don natural en el área a la que dedicamos nuestros esfuerzos o la intromisión de personas egoístas.

Según los valores del mundo, la vida de Jesús termin  en fracaso con los apóstoles y discípulos diseminados y él mismo crucificado por sus enemigos. Sin embargo el Padre en los cielos acept  la labor de su vida, y así es, desde una perspectiva espiritual, como tenemos nosotros que juzgar nuestro éxito. La fe depositada en cumplir con nuestro deber y una sensata intención amorosa de servicio podría ser el criterio por el que midamos nuestro éxito en cualquier quehacer. Debemos medir nuestros éxitos sólo en relación a la sensatez de nuestro esfuerzo y a nuestra diligencia.

La derrota no debe separarse de los objetivos a los que dirigimos nuestros esfuerzos. Disponemos de una capacidad humana para conseguir objetivos muy por encima de los que nos creemos capaces. Cuando a estos talentos humanos se añade el refuerzo del Espíritu de la Verdad, del Espíritu Santo, del espíritu del Padre que habita en nuestro interior, del apoyo de los  ngeles, nuestra capacidad humana aumenta. Y esta capacidad añadida resulta de alinear nuestro ser al poder de Dios. Cuando nos afanamos con sinceridad en hacer la voluntad de Dios, todas las cosas son posibles -todas- porque Dios no puede ser limitado.

El sentirse derrotado es algo normal y valioso de la vida. Nos alienta a reexaminar toda la situación en la que nos encontramos con el propósito de realizar alguna corrección que nos sirva. Sin embargo, si nos regodeamos en éste sentimiento, la derrota paraliza nuestra voluntad y nos crea un contentamiento continuo en ese sentimiento de fracaso que intentamos eludir. No hay nada anormal en el fracaso o en la derrota. Las murallas de la fortaleza no ceden al primer ataque, hay que resistir. Siempre que nos quede vida, sólo puede venir el bien de nuestro enfrentamiento con a las dificultades de la vida, porque todas las cosas colaboran por el bien de aquellos que aman a Dios y est n dedicados a hacer su voluntad. Desde la perspectiva de Dios, el hundimiento de nuestros planes de vida y los negros nubarrones del fracaso, la oscuridad y el dolor hacen surgir en nosotros una mayor sabiduría y una mayor abundancia de oportunidades para el crecimiento y el servicio.

Cuando usamos el fracaso y la derrota para

cuestionarnos la validez de lo que perseguimos, nos encontramos preguntándole al Padre si nuestros objetivos y los medios que hemos elegido para realizarlos están de acuerdo con su plan. Si no lo están, más tarde o más temprano sobreviene el fracaso, porque nos encontramos desplegados en contra del continuo movimiento de la Realidad misma. Cuando, sin embargo, sentimos la seguridad de que nuestros objetivos y medios para alcanzarlos son aceptables para Dios, no

debemos permitir que nada nos desvíe de éstos; debemos rechazar cualquier sentimiento humano de fracaso por los esfuerzos que tenga la aprobación divina; debemos insistentemente continuar con éstos aunque todo nos indique lo contrario, sin permitir que nada nos desaliente a no continuar. La comunión con el carácter amoroso del Padre mitiga nuestra lucha y nos otorga poderes para realizar su voluntad amorosa.

Desde El libro de Urantia:

La conciencia de una vida humana victoriosa en la tierra nace de esa fe de la criatura que se atreve a desafiar persistentes episodios de la existencia, en los que se enfrenta con el horrible espectáculo de las limitaciones humanas, con la inquebrantable declaración: aunque yo no pueda hacer esto, en mí vive alguien que puede y que lo hará, una parte del Padre-Absoluto del universo de los universos. Y ésa es “la victoria que ha vencido al mundo, vuestra fe”. (59,5)

Pero mucho antes de llegar a Havona, estos hijos que ascienden del tiempo han aprendido a dejarse agasajar por la incertidumbre, a crecerse ante la desilusión, a entusiasmarse frente a la aparente derrota, a sacar bríos en presencia de las dificultades, exhibir un valor indómito frente a la inmensidad y a ejercer una invencible fe frente a los retos de lo inexplicable. Por mucho tiempo, el grito de batalla de estos peregrinos ha sido: “Junto con Dios, nada, absolutamente nada, es imposible”. (291,3)

De ellos [de estos ángeles] aprenderás a dejar que la tensión se transforme en estabilidad y certitud; aprenderás a ser fiel y determinado y, al mismo tiempo, alegre; a aceptar los retos sin quejas y a enfrentarte a las dificultades e incertidumbres sin temor. Preguntarán: si fracasas, ¿te levantarás para perseverar de nuevo? Si triunfas, ¿mantendrás tu aplomo, tu actitud estable y espiritualizada, mientras te esfuerzas en la larga lucha por romper las cadenas de la inercia material, por lograr la libertad de la existencia espiritual?

Incluso como los mortales, estos ángeles también han tenido muchas decepciones, y te indicarán que a veces tus decepciones más decepcionantes se han transformado en tus mayores bendiciones. A veces la semilla que se planta necesita morir, la muerte de tus esperanzas más preciadas, antes de poder renacer para dar los frutos de una nueva vida y de una nueva oportunidad. (555,3-4)

Jesús ilustró la profunda seguridad del mortal que conoce a Dios cuando dijo: “¿Qué le importa al creyente del reino que conoce a Dios si sucumben todas las cosas terrenales?” La seguridad en lo temporal es vulnerable, pero la certeza espiritual es inalterable. Cuando las fuertes mareas de la adversidad humana, del egoísmo, de la crueldad, del odio, de la maldad y de los celos golpean al alma humana, podéis descansar en la seguridad de que existe un bastión interior, la ciudadela del espíritu, que es absolutamente inexpugnable; esto es verdad al menos para cada ser humano que haya encomendado el cuidado de su alma al espíritu del Dios eterno que mora en su interior.

Después de tal realización espiritual, se haya ésta obtenido creciendo de forma gradual o mediante alguna crisis, ocurre tanto una nueva orientación de la personalidad como el desarrollo de una nueva norma de valores. Estas

personas nacidas del espíritu vuelven a incentivarse de tal manera en la vida, que son capaces de estar serenos ante la quiebra de sus más preciadas ambiciones y el derrumbe de sus mayores esperanzas; saben de forma categórica que tales catástrofes no son sino cataclismos que desvían y que echan por tierra nuestras creaciones temporales, de manera previa al inicio de realidades más nobles y perdurables, en un nivel de realización universal nuevo y más sublime. (1096,4-5)

Lo que eres hoy no es tan importante como lo que llegas a ser día a día y en la eternidad. (1216,6)

Cercano está el Señor a todos los que le invocan con integridad y verdad. Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría. (1445,3)

Y cuando esos seres humanos inadaptados le contaban a Jesús sus problemas, él siempre sabía ofrecer sugerencias prácticas e inmediatamente útiles para corregir sus problemas reales, sin dejar por ello de pronunciar palabras que les confortara en ese momento y les consolara de inmediato. E invariablemente les hablaba a estos mortales afligidos sobre el amor de Dios y de varias y distintas maneras les transmitía el mensaje de que ellos eran los hijos de este Padre amoroso en el cielo. (1460,6)

Los discípulos aprendieron muy pronto que el Maestro sentía un profundo respeto y una compasiva consideración por todo ser humano con quien se encontraba, y les conmovía sobremedida esta consideración constante e invariable que él tan sistemáticamente brindaba a toda clase de hombres, mujeres y niños. A veces se interrumpía en el medio de un profundo discurso, para salir al camino y ofrecer unas palabras de aliento a una mujer que pasaba agobiada por el peso de su cuerpo y de su alma. Interrumpía una intensa conversación con sus apóstoles para fraternizar con un niño intruso. No había para Jesús nada más importante que ese ser humano que por casualidad se encontraba en su presencia inmediata. (1545,10)

De nuevo os digo, pedid y se os dará; buscad y hallaréis, llamad a la puerta y se os abrirá. Porque el que pide recibe; el que busca halla; y el que llama a la puerta de la salvación, la puerta se le abrirá. (1619,1)

Mucho sufrimiento del hombre proviene del fracaso de sus anhelos y de las heridas de su orgullo. Aunque los hombres tienen el deber consigo mismos de hacer lo mejor de sus vidas en la tierra, habiéndose esforzado en esto con sinceridad, deberían aceptar su destino con alegría y aplicar su ingenio a sacar el mayor provecho de lo que les tocó en suerte. Muchísimos de los problemas de los hombres se originan en el temor que albergan en su propio corazón.

No busquéis pues la paz falsa y el gozo pasajero, sino la seguridad de la fe y la certitud de la filiación divina, que dan serenidad, contentamiento y gozo supremo en el espíritu. (1674,5-6)

La medida de la capacidad espiritual del alma evolutiva es tu fe en la verdad y tu amor por el prójimo, pero la medida de la fuerza de tu carácter humano es tu capacidad para resistir el resentimiento y soportar la amargura ante el más profundo pesar. La derrota es el espejo verdadero en el que puedes con honestidad contemplar tu auténtico yo. (1740,4)

No olvidéis que nada me detendrá en mis esfuerzos por restaurar el respeto de sí mismos a los que lo han perdido y sinceramente desean recuperarlo. (1765,5)

El fracaso es sencillamente un episodio educativo - un experimento cultural en la adquisición de sabiduría en la vivencia del hombre que busca a Dios, embarcado en la aventura eterna de la exploración de un universo-. Para esos

hombres, la derrota no es sino un modo añadido de alcanzar niveles superiores de la realidad universal. (1780,1)

Enseñó a los hombres a que se tuvieran a sí mismos en gran estima en el tiempo y en la eternidad. Fue por esta gran estimación que tenía Jesús del hombre por lo que estaba dispuesto a rendir un absoluto servicio a la humanidad.

¿Qué mortal puede dejar de sentirse elevado por la fe extraordinaria que Jesús tiene en él? (2093,4)

VI. CUANDO NOS SENTIMOS DESALENTADOS O DERROTADOS

La persona impaciente se enoja porque el árbol no da frutos antes de la estación debida. El impaciente supone que Dios no está actuando lo suficientemente rápido, que nosotros sus criaturas, comprendemos los acontecimientos a nuestro alrededor mejor que el Creador en quien vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser.

Aquellos que hacen las cosas antes de su debido tiempo fracasan en sus esfuerzos porque aún no se han dado las condiciones que los llevaría al éxito. Cuando actuamos en la fe, sin embargo, cooperamos con el tiempo marcado por nuestro omnisciente Padre y nos serenamos porque renunciamos a aquellas cosas sobre las que no tenemos control. De esta manera, no liberamos de algunas de las tan pesadas cargas de la tierra, y nos encontraremos libres para afanarnos en las tareas que únicamente nos correspondan; También cesaremos de hacer planes personales para las vidas de otros puesto que debemos amar a nuestros hermanos, no presionarlos para que actúen de forma contraria a su libre voluntad.

La impaciencia evidencia una falta de sumisión a la voluntad del Padre. La persona impaciente tiene su propio plan, que parece ser superior al de Dios. Incluso más perniciosamente, en la impaciencia se intentan tomar atajos, hacer cosas a nuestra manera en lugar de a la manera de Dios. Pero todo este esfuerzo apresurado se convierte en nada porque aún no se han dado todas las circunstancias necesarias para el éxito. El tiempo marcado por el Padre es supremo, y aparte de éste nada acontece de verdadero valor. Dios provee el poder y el modelo que hacen posible el logro perdurable.

Pero mientras que la impaciencia incita a una acción descompasada, el estancamiento, el miedo a vivir, no incita a ninguna. El estancamiento conlleva el rutinario sentimiento de estar aprisionados en una forma de vida improductiva. Persistimos en este estado tan inútil y monótono por miedo a que incluso si lo intentáramos, fracasaríamos en sacar algo de nosotros mismos, y que si, por casualidad, tuviéramos éxito, la vida fuera de la rutina sería probablemente peor. La cura del estancamiento es la oración para saber la voluntad de Dios, y luego la ACCIÓN enérgica, dedicada, enraizada en la fe en la capacidad de Dios para que se manifieste su perfecta voluntad en nosotros, mediante nosotros y para con nosotros

El agua se estanca cuando no se mueve. De igual manera el anquilosamiento espiritual sucede cuando no nos atrevemos a arriesgarnos por nuestros ideales más elevados en cuanto al plan de Dios para nuestras vidas. El estancamiento y la impaciencia son dos polos opuestos dentro de un problema común de falta de sumisión al plan del Padre. Hay momentos en los que tenemos que esperar y momentos en los que tenemos que actuar, y los que siguen el espíritu de Dios saben de la guía que les lleva a actuar en el momento adecuado. La adoración y el servicio nos une al corazón de Dios, nos proporciona la energía espiritual necesaria para tomar una acción decisiva y nos hace progresivamente más eficaces en los ámbitos de servicio a los que somos llamados.

El estancamiento espiritual proviene de nuestro negativa a buscar la verdad espiritual y a brindarle la que hemos recibido a los demás. Los que están dedicados al servicio no

pueden nunca estancarse, porque el Padre los conduce por caminos de preciados retos en los que su amor pueda revelarse. Puede que aquellos saciados de las cosas de este mundo eviten el estancamiento mediante la frenética y siempre variable procesión de tareas que consideramos inútiles; sin embargo, cuando se sirve a Dios, incluso la labor más común es santa y sagrada.

El estancamiento deja notar la ausencia de retos, lo que delata, en cambio, la falta de un nexo espiritual y vivo con Dios, que continuamente nos mueve en los ámbitos superiores del servicio. Debemos pues someternos a la voluntad del Padre y hacer que sus planes sean los nuestros en cada circunstancia confiando en su sabiduría y bondad porque aparte de él no somos nada.

References from The Urantia Book:

Debéis esperar, y ascender mientras esperáis, porque verdaderamente “el ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni ha penetrado en la mente del hombre mortal, lo que el Padre Universal ha preparado para los que sobreviven a la vida en la carne de los mundos del tiempo y el espacio”. (121,6)

El amor por la aventura, la curiosidad y el temor a la monotonía -esas características inherentes en la naturaleza evolutiva del hombre- no están ahí tan sólo para exasperarte y perturbarte durante tu breve permanencia en la tierra, sino más bien para sugerirte que la muerte es tan sólo el comienzo de una interminable andadura en la aventura, de una vida perpetua en la expectación, de un viaje eterno en el descubrimiento.

La curiosidad -la tendencia hacia el análisis, el impulso hacia el descubrimiento, el estímulo hacia la exploración- es parte de la dote innata y divina de las criaturas evolutivas del espacio. No se te dieron estos impulsos naturales simplemente para que los frustraras y reprimieras. En verdad, estos impulsos ambiciosos con frecuencia deben restringirse durante tu corta vida en la tierra, a veces se debe experimentar la decepción, pero se realizarán plenamente y se satisfarán gloriosamente durante las largas eras por venir. (159,6-7)

Existe un propósito grande y glorioso en la marcha de los universos a través del espacio. Todas vuestras luchas mortales no son en vano. Todos nosotros formamos parte de un plan inmenso, de un gigantesca empresa, y es la inmensidad de esa tarea la que nos impide ver gran parte de ésta en un momento determinado o durante toda una vida. Todos formamos parte de un proyecto eterno que los Dioses dirigen y efectúan. La espléndida totalidad del mecanismo universal sigue su marcha a través del espacio, con majestuosidad, al compás de la música del pensamiento infinito y del propósito eterno de la Primera Gran Fuente y Centro.

El propósito eterno del Dios eterno es un elevado ideal espiritual. Los acontecimientos del tiempo y las luchas de la existencia material no son otra cosa sino el andamiaje transitorio que tiende un puente hacia el otro lado, hacia la tierra prometida de la realidad espiritual y de la existencia celestial.

En relación a una vida individual, a la duración de un mundo o a la cronología de cualquier serie interconectada de acontecimientos, parecería que abarcamos un tramo de tiempo aislado; todo parecería tener un comienzo y un fin. Y pareciera que una serie de tales experiencias, vidas, eras o épocas, enlazadas en forma sucesiva, constituyeran un camino directo, un acontecimiento aislado en el tiempo que centelleara por un momento a través de la faz infinita de la eternidad. Pero cuando observamos todo esto desde detrás del telón, surge una visión más plena y un entendimiento más completo que sugieren que tal explicación es inadecuada, desconectada e inconsistente por completo para explicar con propiedad, y de otra manera correlacionar, los relatos temporales con los propósitos subyacentes y las reacciones básicas de la eternidad.

A mi me parece más adecuado concebir la eternidad como un ciclo y el propósito eterno como un círculo interminable, un ciclo de eternidad de alguna manera sincronizado con los ciclos materiales transitorios del tiempo. (364,3-6)

Hay en la mente de Dios un plan que incluye a todas las criaturas de todos sus inmensos dominios, y este plan consiste en un propósito eterno de oportunidades sin límites, de progreso ilimitado y de vida sin fin. ¡Y los tesoros infinitos de una andadura tan inigualable son vuestros con sólo luchar!

¡El objetivo de la eternidad os aguarda! ¡La aventura de lograr la divinidad se encuentra frente a vosotros! ¡La carrera por la perfección está en marcha! Quien lo desee puede correr, y la victoria de cierto coronará los esfuerzos de todo ser humano que participe en la carrera de la fe y de la esperanza, dependiendo a cada paso de la dirección de su Modelador interior y de la guía de ese buen espíritu del Hijo del Universo, que generosamente ha sido derramado sobre toda la carne. (365,3-5)

La conciencia de la dominación del espíritu en una vida humana exhibe enseguida manifestaciones cada vez mayores de las características del Espíritu en las reacciones vitales del mortal bajo la dirección del espíritu, “porque los frutos del espíritu son amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, humildad y templanza”. Estos mortales guiados por el espíritu e iluminados de forma divina, aun cuando caminan por los bajos senderos del esfuerzo extenuante y con lealtad humana cumplen con las obligaciones de sus deberes terrenales, han comenzado ya a percibir las luces de la vida eterna que brillan en las lejanas orillas de otro mundo; ya han comenzado a comprender la realidad de esa verdad inspiradora y reconfortante, “El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. Y a través de cada prueba, frente a cada penuria, las almas nacidas del espíritu se sostienen de esa esperanza que trasciende todos los temores, porque el amor de Dios se esparce a todos los corazones mediante la presencia del Espíritu divino. (381,7)

Para los mortales fusionados con el Modelador se abre de par en par una andadura de servicio universal. ¡Qué destino tan digno y que realización tan gloriosa os aguardan a cada uno de vosotros! ¿Os dáis de verdad cuenta de lo que se ha hecho por vosotros? ¿Comprendéis las alturas grandiosas del alcance eterno que se extiende ante vosotros? ¿incluso vosotros que ahora camináis penosamente por el modesto camino de la vida atravesando lo que llamáis un “valle de lágrimas”? (449,3)

El universo de los universos, incluyendo este pequeño mundo llamado Urantia, no se dirige simplemente para que tenga nuestra aprobación ni para nuestra conveniencia ni mucho menos para complacer nuestros caprichos y satisfacer nuestra curiosidad. Los seres de sabiduría y omnipotencia que tienen la responsabilidad de dirigir el universo sin duda saben muy bien lo que tienen que hacer; y así le sucede a los Portadores de Vida y le corresponde a la mente humana mortal procurar esperar con paciencia y cooperar fervientemente con el régimen de la sabiduría, el reino del poder y la marcha del progreso. (736,6)

Nunca, en tu ascenso al Paraíso, conseguirás nada si por impaciencia intentas eludir el plan divino establecido mediante atajos, estratagemas personales u otros artificios que mejoren tu avance en el camino de la perfección, para la perfección y hacia la perfección eterna. (846,4)

Por más que crezcas en la comprensión de Padre, tu mente siempre va a quedar estupefacta ante la infinitud no revelada del Padre-YO SOY, la inmensidad inexplorada que siempre permanecerá insondable e incomprensible por todos los ciclos de la eternidad. Aunque lleguéis a alcanzar mucho de Dios, siempre habrá más de él, una existencia de la que jamás ni siquiera sospecharéis. ¡La búsqueda de Dios no tiene fin! (1169,4)

¿Comprendéis en realidad lo que de verdad significa ser morada de un Modelador? ¿Imagináis en realidad lo que significa tener una absoluta fracción de la Deidad absoluta e infinita, el Padre Universal, que more en vosotros y se fusione con vuestra finita naturaleza mortal? Cuando el hombre mortal se fusiona con una fracción real de la Causa existencial del cosmos total, no se puede poner límite alguno al destino de tal compañía sin precedentes e inimaginable. (1181,3)

La mente es tu navío, el Modelador es tu piloto, la voluntad humana es el capitán. El dueño del barco mortal debería tener la sabiduría de confiar en el piloto divino para guiar a su alma en su ascenso a los puertos morontiales de la supervivencia eterna. Sólo mediante el egoísmo, la indolencia y el pecado puede la voluntad del hombre rechazar la guía de un piloto tan amoroso y acabar su andadura mortal por sucumbir en los acantilados malignos de la misericordia rechazada y contra las rocas del pecado deliberado. Con tu consentimiento, este fiel piloto te conducirá con seguridad a través de las barreras del tiempo y los obstáculos del espacio a la fuente misma de la mente divina e incluso más allá, hasta el Padre paradisiaco de los Modeladores. (1217,4)

Cuando el hombre consagra su voluntad a hacer la voluntad del Padre, cuando el hombre da a Dios todo lo que tiene, Dios hace que ese hombre sea más de lo que es. (1285,3)

La unidad de tiempo de la inmadurez concentra el contenido-valor en el momento presente para separar el presente de su relación real con el no presente, con el pasado futuro. La unidad de tiempo de la madurez está proporcionada para revelar así la relación equiparada del pasado-presente-futuro al comenzar el yo a tener una apreciación de la totalidad de los acontecimientos, al comenzar a visualizar el escenario del tiempo desde una perspectiva panorámica de horizontes ampliados, comenzar quizás a imaginarse el continuo eterno, sin principio ni fin, los fragmentos del cual se llaman tiempo. (1295,8)

Comprendía el carpintero de Nazaret por completo la tarea que tenía por delante, pero eligió vivir su vida humana siguiendo su curso natural. (1408,3)

Cierto día, al preguntarle Ganid a Jesús por qué no se dedicaba a enseñar públicamente, él le respondió: “Hijo mío, todo ha de aguardar a que llegue su hora. Naces en el mundo, pero ninguna cantidad de ansiedad ni expresión de impaciencia podrán hacerte crecer. Debes darte tiempo en todos estos asuntos. Sólo el tiempo madurará la fruta verde en el árbol. Una estación sucede a la otra, y el atardecer sigue al amanecer sólo con el paso del tiempo. Ahora estoy yo de camino a Roma con tu padre y contigo, y eso es suficiente por hoy. Mi mañana está totalmente en las manos de mi Padre en el cielo”. Y procedió Jesús luego relatándole a Ganid la historia de Moisés y de sus cuarenta años de vigilante espera y continua preparación. (1436,4)

Así fue, y así es, por siempre. Lo que una imaginación humana iluminada y reflexiva, que ha recibido la enseñanza y la guía espirituales, quiere de forma sincera y altruista ser y hacer, se torna sensiblemente creativa según el grado de dedicación del mortal a la realización divina de la voluntad del Padre. Cuando el hombre va en compañía de Dios, pueden ocurrir, y realmente ocurren, cosas grandiosas. (1467,5)

Esa misma noche Jesús dio a los apóstoles el inolvidable discurso sobre el valor relativo de nuestra posición ante Dios y el progreso en el eterno ascenso al Paraíso. Dijo Jesús: “Hijos míos, si existe un nexo verdadero y vivo entre el hijo y el Padre, con certeza el hijo progresará continuamente hacia los ideales del Padre. Es verdad que el hijo quizás al principio progrese con lentitud, pero será sin embargo un progreso seguro. Lo importante no es la rapidez con la que progreséis sino su seguridad. Vuestro verdadero logro no es tan importante como el hecho de que la dirección en la que progresáis sea hacia Dios. Lo que lleguéis a ser día tras día es infinitamente más importante que lo que sois hoy”. (1653,1)

Se necesita tiempo para que se efectúe en hombres y mujeres un cambio amplio y radical de sus conceptos básicos y fundamentales en relación a la conducta social, a la actitudes filosóficas y a las convicciones religiosas. (1705,1)

Entonces el Maestro, volviéndose a todos ellos, dijo: “No os sintáis abatidos si no alcanzáis a comprender en su plenitud el significado del evangelio. Vosotros no sois sino finitos, hombres mortales, y lo que yo os he enseñado es infinito, divino y eterno. Sed pacientes y valerosos porque ante vosotros se abren tiempos eternos en los que continuaréis progresivamente realizar en vosotros la vivencia de llegar a ser perfectos, así como vuestro Padre en el Paraíso es perfecto”. (1961,4)

No tratéis de satisfacer vuestra curiosidad ni de complacer todos vuestros latentes deseos de aventura que surgen del alma durante vuestra corta vida en la carne. ¡Sed pacientes! No caigáis en la tentación de quedar sumidos de forma descontrolada en aventuras inútiles y sórdidas. Controlar vuestras energías y poner freno a vuestras pasiones; permanecer en calma mientras aguardáis el majestuoso despliegue de una andadura sin fin en continua aventura, en emocionante aventura. (2076,1)

VII. Cuando sentimos miedo

El miedo es el terror que nos sobrecoge cuando, indefensos, oímos los tambores del enemigo que se avecina. La razón y el sentido común son inservibles para cortar los nudos que nos atan a la espiral de dolor y destrucción que provoca el miedo. El temor debilita nuestros valores morales y paraliza nuestra voluntad, dejándonos acorralados, totalmente indefensos ante enemigos imaginarios; o puede ocasionarnos un incontrolado arrebato de pánico haciéndonos arremeter contra lo que se ponga por delante como un animal salvaje. El miedo corroe la fe, la relación de Dios con sus hijos. El miedo se adentra en nosotros de forma destructiva, inhabilitando cualquier intención buena, devorando primero al que tiene miedo. El miedo es el vacío que queda cuando el amor y la confianza se han perdido.

El poder del miedo sobre nosotros se basa en la ignorancia y se alimenta de la soledad. Pero cuando nos enfrentamos al miedo en la seguridad del amor del Padre, éste huye como una pesadilla al salir el sol de la mañana. Los miedos que nos controlaban desaparecen como si nunca hubieran existido. Las terribles imágenes que nos acechaban se convierten en personajes de historietas cómicas que se olvidan al pasar la página.

Cuando nos sentimos atrapados por el terror, aprisionados por todos lados, sólo tenemos que retirarnos a nuestro bastión interior de paz y seguridad, al reino espiritual que existe en nosotros mismos, a la región del orden y el amor, para encontrar allí consuelo y una fortaleza mayor que la de nuestros adversarios. La fe es la llave de las seguras puertas del reino y nos viene dada en nuestra disposición para confiar en el cuidado y la protección del Padre. Dentro de sus muros macizos, vivimos en la presencia y el poder del Padre sabiendo el lugar seguro que

tenemos en su afecto. Una vez dentro, el Padre serena nuestras mentes y nos dice que nuestros miedos son innecesarios, que su brazo amante nos rodea y nos guarda.

Cuando se alimenta, el miedo arrasa al alma. Pero la liberación del terror se realiza cuando caminamos en la fe, y la fe es un regalo de Dios. Para someter al miedo necesitamos sintonizar nuestras mentes con la de Dios, y mediante esta relación, la infinita reserva del amor del Padre se derrama sobre nosotros sanando todo sentimiento de pánico.

El miedo no se conquista, usando una imagen, con un ataque frontal, porque la fuerza emocional ha demostrado que no sirve para vencerlo, incluso puede originar un aumento del miedo. El miedo se conquista cuando nos damos cuenta de la existencia de un amor todo poderoso ante el que el miedo no permanece. Todo, el poder de la tormenta, la virulencia del mal o las personas inhumanas, la indiferencia de lo que nos rodea, se ve reducido ante la avalancha de ayuda que nos viene de arriba.

El miedo es la innecesaria sensación de pánico del niño que se encuentra solo en la noche cuando sus padres están en la habitación contigua. El miedo nos hace vulnerables cuando nos sentimos débiles, arrogantes cuando nos sentimos fuertes. Ambos sentimientos surgen cuando nuestro nexo con Dios está dañado por nuestra inmadurez, indiferencia o deliberada obstinación. Pero si nos dejamos llevar por el cauce del plan de Dios, puesto que sólo él nos facilita la cura del cuerpo, de la mente, de las emociones, del alma, de la personalidad y del espíritu, esas circunstancias no deben provocarnos ningún dolor. El Padre desea librar a todos sus hijos del miedo y nos proporciona los medios para que esto sea así.

Desde El libro de Urantia:

Guardaré en completa paz a aquel cuyo pensamiento en mí persevera” “En quietud y confianza será vuestra fortaleza”. “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”. “De su interior correrán ríos de agua viva para alimento de muchas almas”. “Venid a mí todos los que estáis trabajados, y yo daré descanso a vuestras almas temerosas.

Incluso en Urantia [estos ángeles] aconsejan a los maestros humanos de la verdad y la rectitud que se adhieran a la predicación de “la benignidad de Dios te guía al arrepentimiento”, para proclamar “el amor de Dios, que echa fuera todo temor”. Aun así se han declarado estas verdades en vuestro mundo:

Los Dioses son mis protectores; no me perderé;
de la mano me conducirán por los bellos y gloriosos senderos reconfortantes de la vida eterna.
Ante esta presencia divina no me faltará el alimento ni tendré sed de agua.
Aunque descienda al valle de la incertidumbre o ascienda a los mundos de la duda,
aunque camine en soledad o con mis semejantes,
aunque triunfe en los coros de la luz o titubee en los lugares solitarios de las esferas,
tu buen espíritu me asistirá, y tu ángel glorioso me confortará.
Aunque descienda a las profundidades de la oscuridad y de la muerte misma,
no dudare de ti, ni te temeré,
porque sé que en la plenitud de los tiempos y en la gloria de tu nombre
me elevarás hasta sentarme junto a ti en las altas almenas. (552,6-17)

Incluso en Urantia, estos serafines imparten la perpetua verdad: si tu propia mente no te sirve de mucho, puedes cambiarla por la mente de Jesús de Nazaret, que siempre te servirá bien. (553,7)

Llegado este momento, el joven sentía muchos deseos de hablar con Jesús, y cayó a sus pies de rodillas implorando a Jesús que le ayudara, que le mostrara el camino para salir de su mundo de pesares y derrotas personales. Jesús le dijo: “Amigo mío, ¡levántate! ¡Ponte de pie como un hombre! Puede que te rodeen algunos pocos enemigos y que demoren tu marcha muchos obstáculos, pero las grandes cosas y las cosas reales de este mundo y del universo están de tu parte. El sol sale todas las mañanas para saludarte a ti al igual que al hombre más poderoso y próspero de la tierra. Mira, tienes un cuerpo fuerte y músculos poderosos, tu físico es mejor que el del hombre corriente. Claro que casi no te sirve de nada mientras te quedas sentado aquí en las montañas, lamentándote de tus infortunios, reales o inventados. Pero podrías hacer grandes cosas con tu cuerpo si te apresuraras y acudieras donde te esperan grandes cosas por hacer. Tratas de huir de tu infelicidad; pero eso no puede ocurrir. Tanto tú como tus problemas en la vida son reales; no podrás escapar de ellos mientras estés vivo. Pero, fíjate de nuevo, tu mente es nítida y capaz. Tu cuerpo robusto tiene una mente inteligente que lo dirige. Pon tu mente a trabajar para resolver sus problemas; enseña a tu intelecto a que trabaje para ti; no te dejes más dominar por el temor, como si fueras un animal que no piensa. Tu mente debe ser un valioso aliado para ti en la solución de los problemas de tu vida en vez de ser tú, como lo has sido, su servil y atemorizado esclavo y siervo de la depresión y la derrota. Pero lo más valioso de todo, tu potencial para lograr lo verdadero, es el espíritu que vive dentro de ti, que estimulará e inspirará tu mente para que se controle a sí misma y active tu cuerpo si lo liberas de las cadenas del temor, permitiendo así que tu naturaleza espiritual comience a liberarte de los males de la inacción mediante el poder-presencia de la fe viva. Y verás entonces que esta fe vencerá al miedo de los hombres mediante la imperiosa presencia de un amor por tus semejantes, nuevo y capaz de dominarlo todo, que pronto llenará tu alma hasta inundarla gracias a la conciencia que habrá nacido en tu corazón de que eres hijo de Dios.

Este día, hijo mío, renacerás, restablecido como hombre de fe, coraje y dedicado servicio al hombre, para la gloria de Dios. Y cuando te hayas readaptado así con la vida dentro de ti, también te habrás readaptado con el universo; habrás vuelto a nacer del espíritu y de ahí en adelante toda tu vida será de victoria, de éxito. Los problemas te darán fuerzas; la decepción te servirá de acicate; las dificultades serán un reto; los obstáculos, un estímulo. ¡Levántate, joven! Dile adiós a una vida de un temor que te humilla y de una cobardía que te hace huir. Apresúrate, vuelve a tu deber y vive tu vida en la carne como un hijo de Dios, como un mortal dedicado al servicio ennoblecedor del hombre en la tierra, destinado al excelso y eterno servicio de Dios en la eternidad. (1437,3; 1438,1)

Ganid, tengo una absoluta confianza en el completo cuidado de mi Padre celestial. Estoy consagrado a hacer la voluntad de mi Padre que está en el cielo. No creo que pueda acontecerme ningún daño real; no creo que mi labor en la vida puedan hacerla peligrar las intenciones de mis enemigos, y de seguro que no hemos de temer violencia alguna de parte de nuestros amigos. Estoy absolutamente convencido de que el universo entero me es amigable; insisto en creer fervorosamente esta verdad todopoderosa a pesar de que las apariencias puedan indicar lo contrario”. (1469,3)

Al joven que había huido Jesús le dijo: “Recuerda, hay dos cosas de las que no puedes huir: de Dios y de ti mismo. Dondequiera que vayas, tu yo va contigo, asimismo va el espíritu del Padre celestial que vive dentro de tu corazón. Hijo mío, no te engañes más; ten el valor de enfrentarte a las cosas de la vida; aférrate a la seguridad de tu filiación con Dios y a la certeza de la vida eterna, como te he instruido. A partir de este día, propónte ser un hombre verdadero, un hombre decidido a enfrentarte con la vida con valentía e inteligencia”. (1475,4)

Trató de aclarar que no se debe considerar al mundo como un enemigo; que las circunstancias de la vida son dispensación divina obrando junto con los hijos de Dios. (1579,5)

No temáis a los que, aunque puedan matar el cuerpo, después ya no tendrán ningún otro poder sobre vosotros. Yo os aconsejo que no temáis a nadie, ni en el cielo ni en la tierra, sino que os regocijéis en el conocimiento de Aquel que tiene el poder de liberaros de toda injusticia y de presentaros sin culpa ante los tribunales del universo.

¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Sin embargo, cuando estos pajarillos vuelan en busca de alimento, ni uno de ellos existe sin el conocimiento del Padre, la fuente de toda vida. Para los guardianes seráficos, hasta los cabellos de vuestra cabeza están numerados. Si todo esto es verdad, ¿por qué vivir temerosos de las muchas pequeñeces que surgen en vuestra vida diaria? Yo os digo: no temáis; vosotros valéis mucho más que muchos pajarillos. (1820,2-3)

Habéis dedicado vuestra vida al ministerio del reino; por lo tanto, no os angustiéis ni os preocupéis por las cosas de la vida temporal, por lo que comeréis, ni qué pondréis sobre vuestros cuerpos. El bienestar del alma es más que comida y bebida; el progreso en el espíritu está muy por encima de la necesidad del atavío. Cuando os tiente la duda en la seguridad de vuestro pan, pensad en los cuervos; ni siembran ni cosechan ni tienen almacenes ni graneros, y sin embargo el Padre provee comida para todo el que la busca. ¡Y cuánto más valiosos sois vosotros que muchas aves! Además, la angustia y la incertidumbre nada harán por proveeros vuestras necesidades materiales. ¿Quién entre vosotros podrá, sólo por angustiarse, agregar un palmo a vuestra estatura o un día a vuestra vida? Puesto que estos asuntos no están en vuestras manos, ¿por qué preocuparos por ellos?

Considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es y mañana se echa al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, embajadores del reino celestial? ¡Ay de vosotros, hombres de poca fe! Cuando os dedicáis de todo corazón a la proclamación del evangelio del reino, no deberíais albergar dudas en vuestra mente por vuestro

sostén ni por la familia que habéis dejado. Si realmente dedicáis vuestra vida al evangelio, viviréis por el evangelio. Si sois solamente discípulos creyentes, debéis ganáros vuestro pan y contribuir al mantenimiento de todos los que enseñan y predicán y curan. Si os preocupáis por vuestro pan y agua, ¿de qué manera diferís de las naciones del mundo que con tanta diligencia se ocupan de dichas necesidades? Dedicad a vuestra obra, creed que tanto el Padre como yo conocemos vuestras necesidades. Permitid que os asegure de una vez por todas que, si dedicáis vuestra vida a la obra del reino, todas vuestras necesidades reales tendrán provisión. Buscad las cosas más grandes, y las menos importantes serán halladas; pedid cosas celestiales y las cosas materiales se añadirán. De seguro sigue la sombra al cuerpo.

Tan sólo sois un grupo pequeño, pero si tenéis fe, si no os derrumbáis ante el temor, yo os declaro que complacerá mucho a mi Padre daros este reino. Habéis puesto vuestro tesoro allí donde la bolsa no envejece, donde el ladrón no hurta ni la polilla corrompe. Como dije a la multitud, allí donde está el tesoro, también estará vuestro corazón. (1823,3-5)

¿Qué más he de decir? La caída de las naciones, la quiebra de los imperios, la destrucción de los judíos incrédulos, el fin de una era, aun el fin del mundo, ¿qué tienen que ver todas estas cosas con el que cree en el evangelio y que ha refugiado su vida al amparo del reino eterno? Vosotros que sois conocedores de Dios y creyentes en el evangelio, ya habéis recibido la certeza de la vida eterna. Puesto que habéis vivido vuestras vidas en el espíritu y para el Padre, nada puede preocuparos seriamente. Los constructores del reino, los ciudadanos acreditados de los mundos celestiales, no se molestan por los altibajos temporales ni se perturban por los cataclismos terrestres. ¿Qué importancia tiene, para vosotros que creéis en este evangelio del reino, que caigan las naciones, que termine la era, que todas las cosas visibles se destruyan si ya sabéis que vuestra vida es un regalo del Hijo, y que está eternamente segura en el Padre? Habiendo vivido la vida temporal por la fe y habiendo rendido los frutos del espíritu en forma de la rectitud que se manifiesta en servicio amoroso para con vuestros semejantes, podéis contemplar con confianza el próximo paso en la andadura eterna, con la misma fe de supervivencia que os ha llevado a través de vuestra primera y terrenal aventura en la filiación con Dios. (1916,2)

Que no se turbe vuestro corazón. Vosotros creéis en Dios; continuad creyendo también en mí. Aunque os debo dejar, no estaré lejos de vosotros. Ya os he dicho que en el universo de mi Padre hay muchos sitios de permanencia. Si esto no fuera verdad, no os habría hablado repetidamente de éstos. Yo volveré a estos mundos de luz, a los lugares de destino en el cielo del Padre a los que vosotros algún día ascenderéis. Desde estos lugares he venido a este mundo, y ahora ha llegado el momento en que debo regresar a la obra de mi Padre en las esferas de lo alto.

Si yo voy pues antes que vosotros al reino celestial de mi Padre, del mismo modo con certeza enviaré a buscaros para que podáis estar conmigo en los lugares que fueron preparados para los hijos mortales de Dios antes de que existiera este mundo. Aunque debo dejaros, estaré presente con vosotros en espíritu, y vosotros acabaréis por estar conmigo en persona cuando hayáis ascendido a mí en mi universo así como yo estoy a punto de ascender a mi Padre en su universo más grande. (1947,3-4)

El Padre me envió a este mundo, pero sólo unos pocos de vosotros habéis elegido plenamente recibirme. Yo derramaré mi espíritu sobre toda la carne, pero no todos los hombres elegirán recibir como guía y consejero del alma a este nuevo maestro. Pero todos los que lo reciban serán iluminados, limpiados y consolados. Y este Espíritu de la Verdad se convertirá en ellos en un manantial de agua viva que brota a la vida eterna.

Ahora, a punto ya de dejaros, quiero consolaros con mis palabras. Dejo la paz con vosotros; mi paz os doy. Estos dones otorgo, no como los otorga el mundo, de forma limitada, sino que a cada uno de vosotros otorgo todo lo que quiera recibir. Que no se aflija vuestro corazón, ni os dejéis dominar por el temor. Yo he superado el mundo, y en mí triunfaréis todos por la fe. (1954,1-2)

La paz de Jesús es, pues, la paz y la certeza de un hijo que cree plenamente que su andadura en el tiempo y en la eternidad está total y verdaderamente bajo el cuidado y la vigilancia de un Padre espiritual omnisapiente, omniamante y omnipotente. Y ésta es, en verdad, una paz que sobrepasa el entendimiento de la mente mortal, pero que el corazón humano que cree sabrá disfrutar en plenitud. (1955,1)

VIII. QUÉ PODEMOS HACER CON RESPECTO A TODO ESTO

“Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios... “. Este río es la voluntad del Padre y fluye hacia los que están dispuestos a recibir el agua de la vida. La vida no tienen sentido aparte de la relación con Dios. Una generación que se vanagloria en las posesiones y sensaciones está vacía de contenido espiritual porque no llega a satisfacer la realidad más profunda y verdadera del corazón humano. El Padre anhela que sus hijos estén con él y vivan en su amor. Para vivir así se necesita que lo busquemos con todo nuestro corazón y que abandonemos aquellas cosas que se interponen entre nosotros y el reino de la vida, de la salud y de la felicidad.

Los problemas que hemos tratado en estas páginas son como una serie de preguntas con dos respuestas posibles en cada caso. No existe ningún tipo de problema sea emocional o espiritual que no pueda solucionarse si decidimos compartir íntimamente nuestras vidas con el Padre y disfrutar de la valiosa compañía de nuestros semejantes. Ese Poder que creó el mundo hace desaparecer de inmediato el sentimiento de soledad, aislamiento, duda, confusión, culpa, desánimo, derrota, impaciencia, estancamiento y miedo.

Excepto en caso de la intervención de leyes superiores, los hechos de la existencia material deben simplemente aceptarse. La oración por sí misma no puede sanar, pero sí puede abrirnos una perspectiva de curación espiritual y una fe ilimitada en la aceptación de la solución que el Padre da a cada uno de nuestros problemas, pequeños o grandes, y en la que el bien se sirve incluso de la tragedia.

Cuando vamos a nuestro Padre sentimos una

paz que sobrepasa toda comprensión. Las dificultades y las tragedias de la vida no cesan de ocurrir, pero sabemos que él las siente con nosotros. En compañía de Dios nos sentimos con más valor, ganamos percepción de todo lo que ocurre a nuestro alrededor, empezamos a ver las cosas a través de sus ojos. Nos alegra vivir la vida y sus vicisitudes porque sabemos que el Padre nos ha puesto aquí para que pasemos una prueba corta, pero intensa, y que la vida eterna nos espera al otro lado, donde las dificultades materiales ya no se cernirán sobre nosotros con tanta virulencia. Nos da fuerzas percibir que somos parte de un todo más grande donde reinan la rectitud y la belleza. Vemos esta esfera oscurecida por el pecado como un campo de entrenamiento que Dios ha hecho santo y sagrado. Vemos al Padre como quien ve a un amigo, y aprendemos a amar a los otros como él nos ama.

Cuando nos encontramos con nuestro Padre y compartimos nuestras vidas con él, sentimos cómo su energía nos renueva a cada instante. Él nos lleva a una alta planicie desde donde podemos observar en amplitud los problemas de la vida, y allí, en la distancia, vemos la radiante ciudad de nuestros sueños. Su poder se mezcla con nosotros, y nos vemos parte de un esfuerzo superior, en donde los hijos y las hijas de Dios trabajan juntos para el avance de un todo mayor, colaborando a que llegue pronto el día en que este mundo sea el lugar que queremos que sea.

Desde El libro de Urantia:

Habiendo iniciado el camino de la vida eterna, habiendo aceptado la misión y recibido las instrucciones para avanzar, no temas los peligros del olvido humano y de la inconstancia mortal, no te preocupes por el temor al fracaso o por la confusión desconcertante, no vaciles ni cuestiones tu condición y situación porque en las horas tenebrosas, en cada encrucijada de tu lucha por seguir adelante, el Espíritu de la Verdad siempre hablará, diciendo: "Este es el camino". (383,2)

Aprenderás a sufrir menos penas y desengaños, primero, haciendo menos planes personales relacionados con otras personas, y luego, aceptando tu destino después de haber cumplido fielmente tu deber. (555,4)

No seas tan indolente como para pedirle a Dios que te resuelva tus dificultades, pero jamás vaciles en pedirle sabiduría y fuerza espiritual para que te guíe y sustente mientras aboradas por ti mismo, con resolución y valor, los problemas que te acucian. (999,8)

Si quieres que tu oración sea eficaz debes recordar las leyes que imperan con respeto a las peticiones:

1. Debes prepararte para orar con eficacia sabiéndote enfrentar con sinceridad y valor a los problemas de la realidad del universo. Debes poseer resistencia cósmica.
2. Debes haber agotado con franqueza tu capacidad humana de compromiso. Debes haber sido diligente.
3. Debes entregar todo deseo de mente y todo impulso del alma al abrazo transformador del crecimiento espiritual. Debes haber experimentado el realce de los significados y la elevación de los valores.
4. Debes elegir con sinceridad la voluntad divina. Debes evitar caer en el punto muerto de la indecisión.
5. No sólo reconoces la voluntad del Padre y eliges cumplirla, sino que te has consagrado incondicionalmente, y dedicado con fuerzas, a realizar de forma absoluta la voluntad del Padre.
6. La sabiduría divina dirigirá con exclusividad tu oración para poder solucionar determinados problemas humanos con los que te encuentres en tu ascensión al Paraíso, la realización de la perfección divina.
7. Y debes tener fe, fe viva.(1002,6-14)

Había sido siempre la costumbre de Jesús, cada vez que se enfrentaba con decisiones nuevas o importantes, retirarse para estar en comunión con su propio espíritu, para llegar a conocer la voluntad de Dios. (1515,4)

En el reino venidero, no os preocupéis por aquello que fomente vuestra ansiedad, preocupaos más bien en todo momento de hacer solamente la voluntad del Padre que está en el cielo. (1525,4)

Cuando Jesús hubo escuchado a su jefe apostólico relatar sus problemas, dijo: "Andrés, no puedes disuadir a la gente de su incertidumbre cuando han llegado a tal comportamiento y cuando se trata de personas con sentimientos tan fuertes. No puedo hacer lo que tú me pides -no deseo participar en estas dificultades sociales y personales-, pero os acompañaré en disfrutar un período de tres días de descanso y esparcimiento. Ve a tus hermanos y anúnciales que iremos todos al monte Sartaba, donde deseo descansar por uno o dos días.

Fue ésta una maravillosa ocasión en la experiencia de cada uno de ellos; jamás olvidaron el día que subieron a la montaña. Durante todo el viaje apenas si se mencionó una palabra de sus problemas. Al llegar a la cima de la montaña, Jesús les indicó que se sentaran a su alrededor mientras decía: “Hermanos míos, todos vosotros debéis aprender el valor del descanso y la eficacia del esparcimiento. Debéis daros cuenta de que la mejor manera de solucionar grandes problemas consiste en alejarse de ellos por un tiempo. Así, cuando volváis descansados, después de un período de esparcimiento o de adoración, podréis afrontar vuestros problemas con mente más clara y mano más firme, y desde luego, con el corazón más resuelto. Muchas veces veréis que el problema se ha empequeñecido en tamaño y proporción durante vuestro reposo de la mente y el cuerpo.

Al tercer día, cuando comenzaron el descenso de la montaña para regresar al campamento, se había operado en ellos un gran cambio. Habían hecho el importante descubrimiento de que muchas perplejidades humanas son en realidad inexistentes, muchos problemas aparentemente graves son la creación del temor exagerado y el resultado del recelo multiplicado. Habían aprendido que tales perplejidades se manejan mejor alejándose de ellas; al poner un poco de distancia, habían dejado que esos problemas se solucionaran por sí mismos. (1610,4,6; 1611,4)

Pero cuando oráis, ejercéis tan poca fe. La fe genuina es capaz de mover montañas de dificultades materiales encontradas en el camino de la expansión del alma y del progreso espiritual”. (1619,4)

Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad
así en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan para mañana;
reconforta nuestras almas con el agua de la vida.
Y perdónanos nuestras deudas
como nosotros hemos perdonados a nuestros deudores.
Sálvanos de la tentación, libranos del mal,
y haznos cada vez más perfectos como tú eres. (1620,1-10)

A vosotros y a todos los que sigan vuestras huellas a través de los tiempos, dejadme deciros: Yo siempre estoy cerca, y mi llamada es y por siempre será: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que yo soy fiel y leal, y hallaréis descanso espiritual para vuestras almas.

Comprobaron la verdad de las palabras del Maestro cuando pusieron a prueba sus promesas. Y desde ese día, muchos miles de personas también han probado y comprobado la veracidad de esas promesas. (1808,1-2)